





Código Rosa
relatos sobre abortos

Dahiana Belfiori

Belfiori, Dahiana del Rosario
Código Rosa: relatos sobre abortos
Dahiana del Rosario Belfiori; comentado por Nayla Vacarezza; ilustrado por Luis Rafael Acosta
y Gisela Martino; con prólogo de Selva Almada.
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: La Parte Maldita, 2015.
150 p.: il.; 21 x 21 cm.

ISBN 978-987-3897-00-9

1. Literatura Testimonial. 2. Aborto. I. Vacarezza, Nayla, coment. II. Acosta, Luis Rafael, ilus. III.
Martino, Gisela, ilus. IV. Almada, Selva, prolog. V. Título

CDD A863

Diseño de tapa y diagramación interior: Luis Acosta.

©2015, Dahiana del Rosario Belfiori.

©2015, Ediciones *La Parte Maldita*.
Bolivia 269, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723

www.edlapartemaldita.com.ar
edlapartemaldita@gmail.com

1° edición, abril 2015



Licenciado bajo Creative Commons
Atribución - No comercial - Compartir obras derivadas igual

Código Rosa
relatos sobre abortos



a todas las que abortamos y seguiremos abortando



Prólogo

Por Selva Almada*

Cuando tenía trece años, en la hora de biología, el ordenanza trajo el televisor y la videocasetera al aula y todxs nos pusimos contentxs: ver una película era casi como tener hora libre. Mientras el profesor y el ordenanza desplegabn cables y conectaban aparatos, cuchicheábamos, nos codeábamos, soltábamos risitas hormonales: ¿iríamos a ver uno de esos documentales que hablaban de reproducción humana? Sin embargo, la alegría nos duraría poco. A los quince minutos de proyección estaríamos con la cara larga y las chicas más sensibles empezarán a lloriquear y hasta el varón más indomable sentiría un malestar en el estómago. La película era El grito silencioso, un video en contra del aborto muy popular en los años ochenta, dirigido por el Dr. Bernard Nathanson, que pasó de ser un abortista reconocido a un antiabortista acérrimo. En el film se puede ver, a través de una ecografía, cómo el feto supuestamente sufre, padece, tratando de escaparle a la muerte, al punto de llegar a una escena en la que abre la boca (parece abrir la boca) en una suerte de grito mudo.

Vale aclarar que el colegio en el que cursé la secundaria, en mi pueblo en Entre Ríos, era un colegio laico, del estado.

Salimos al recreo pálidos y temblando.

Hasta ese momento la palabra aborto, para mí, había sido de esas de las que sin saber exactamente el significado, se intuye. Aborto venía acompañada de las palabras perejil, curandera, agujas de tejer, hemorragias e infecciones mortales. Por supuesto, esta película sólo vino a reforzar esa idea. Abortar era algo terrible. Abortar era ofender a dios.

Toda mi adolescencia estuvo atravesada por la convicción de que abortar era sinónimo de asesinar

*Selva Almada, Entre Ríos, 1973. Es la autora de *Chicas muertas* (2014), *Ladrilleros* (2013), *El viento que arrasa* (2012), entre otros libros. Sus obras fueron traducidas a varios idiomas.

Un par de años después de ver esa película, empezaron a aparecer los primeros rumores de abortos en chicas de mi edad, algunas compañeras de colegio, otras conocidas de otros colegios o conocidas porque sus familias eran las familias ilustres del pueblo. La mayoría de esas chicas podían seguir con sus vidas, con sus planes (ir al viaje de egresados, estudiar una carrera, casarse por iglesia y tener hijos "cuando fueran grandes", seguir de novias con el mismo chico que las había embarazado); ninguna de esas chicas, por suerte, moría mientras le practicaban el aborto ni a consecuencia de ello. En estos casos, no había perejil ni ungüentos mágicos, sino un quirófano impecable y un médico matriculado y, claro, honorarios imposibles para una chica como yo o para chicas en peores condiciones económicas que yo. Las de mi clase debíamos procurar no embarazarnos o resignarnos a ser madres adolescentes o poner en riesgo nuestras vidas abortando en el piso de cemento vivo de la casa humilde de la abortera.

Aunque escuchaba escandalizada esos rumores de abortos en condiciones sanitarias óptimas, al mismo tiempo estas anécdotas iban cambiando mi percepción sobre el asunto. Todavía la moral católica y la educación patriarcal no me permitían comprender que una mujer tiene derecho a decidir sobre su cuerpo y sobre todo lo que ocurra en él y con él; pero, de algún modo, empezaba a vislumbrar las "ventajas" de una maternidad elegida; las "ventajas" de poder enmendar un error, un descuido, a tiempo y seguir adelante.

Así y todo me llevó años pronunciarme con absoluta convicción a favor del aborto legal, seguro y gratuito: años de anécdotas de mujeres cercanas que tuvieron que abortar no en condiciones aberrantes, pero sí riesgosas para su vida y, en algunos casos, de mucha humillación y bastardeo por parte de los propios profesionales de la salud que las atendieron.

Entonces me hubiese gustado que un libro como este, *Código Rosa*, cayera en mis manos. Entonces y ahora también, por supuesto. Pero con más razón en aquellos tiempos donde no sabía nada del tema, donde todo era confusión y oscuridad. Saber que hay otras mujeres que ayudan a mujeres a abortar. Saber que hay otro método, el misoprostol, más seguro, menos invasivo, que la cirugía. Saber que podés abortar en tu propia casa, acompañada de quien quieras o, si querés estar sola, del otro lado de la línea telefónica hay Rosas que te escuchan y te apañan. Conocer distintas historias, distintas razones por las cuales una mujer decide no seguir adelante con un embarazo y comprender a cada una.

Código Rosa hubiera hecho más libre y menos temerosa mi adolescencia. Y seguramente hará más libres y más valientes las cabezas de todas las mujeres de cualquier edad que se zambullan en sus páginas.



¿Por qué *Código Rosa*?

Voy a comenzar con una anécdota: —¿Hola sí? ¿Hablo con *Código Rosa*?— La voz que se escucha es la de una de las tantas mujeres que se han comunicado a lo largo de estos años con la línea de teléfono "Socorro Rosa" de la ciudad de Neuquén. La que atiende es "Rosa", una de las integrantes de la *Colectiva Feminista La Revuelta*, y hace un esfuerzo por contener la risa. Lo logra apenas y acuerdan un encuentro en la semana. Rosa es ella y es todas las Rosas que a lo largo y a lo ancho del país atienden sus "Teléfonos Rosas" —como denominó la periodista Victoria Rodríguez a la aventura política que da existencia a las líneas telefónicas alertas a esas "llamadas que insisten"—. Al escuchar esta anécdota varias de las socorristas que activamos en Argentina pensamos que era un buen título para un cuento o una película de espionaje. Inmediatamente me pregunté por las ideas e imágenes que circulan alrededor de los socorristos. ¿Por qué "Código"? ¿Qué representaciones operan en torno al aborto y particularmente en torno a los socorristos para que una mujer eligiera usar esa palabra en lugar de "Socorro"? La palabra código designa un conjunto sistematizado de normas, reglas o leyes que requiere ser interpretado. Acaso los "Socorros Rosas" se constituyan en una especie de código mínimo pero vigoroso que regulariza aquello que sigue estando fuera de la ley; no en vano solemos decir que dictamos nuestra propia ley cada vez que abortamos y, en este caso, cada vez que acompañamos a otras dando información sobre el uso seguro del misoprostol —medicamento que provoca el aborto—. ¿Y por qué entonces la inmediata asociación con el espionaje? Siendo los abortos como son, prácticas clandestinas, algo de la obtención y circulación de información de manera encubierta se establece en torno a dichas prácticas. Sin embargo hemos ido cambiando la historia desde ser "pasadoras de datos" hasta constituirnos en sujetas activas de esas prácticas. Creamos el código, lo interpretamos, lo compartimos. Y lo hacemos visible. Organizamos así una nueva forma de "espionaje" que desplaza ciertos imaginarios sobre el aborto: hacemos circular información a la vista de todxs. Así es que aquella llamada da nombre a este libro de relatos ficcionados sobre algunas experiencias de abortar con misoprostol en la ciudad de Neuquén. Entiendo que *Código Rosa* es un aporte más a las micro-intervenciones que componen uno de los modos de ese desplazamiento.

¿Qué es entonces "Socorro Rosa"? Es un servicio que brinda información y acompañamiento por vía telefónica y en encuentros cara a cara a personas que deciden abortar con misoprostol, medicamento que provoca contracciones uterinas, que posibilita la interrupción del embarazo y que puede ser utilizado de manera segura. Nos agrupamos en *Socorristas en Red (feministas que abortamos)*. Esta red está integrada por grupos y colectivas feministas de Argentina y armamos así los "Socorros Rosas". Tomamos este nombre en clave genealógica, inspiradas ineludiblemente en los acompañamientos de las feministas de las décadas del '60 y del '70. En particular los de las italianas, pero también de las francesas y de las estadounidenses, quienes generaron espacios de consejerías y acompañamientos para personas que necesitaban practicarse un aborto desafiando así las imposiciones del heteropatriarcado.

Durante los años 2012 y 2013 las integrantes de la **Colectiva Feminista La Revuelta** realizaron una serie de entrevistas (más de veinte) a mujeres de la ciudad de Neuquén y alrededores a las que acompañaron en sus experiencias de aborto con misoprostol y aceptaron el desafío de contarlo. Fue una decisión política de **Las Revueltas** –como solemos decirles– acercarse, escucharlas y aprender sobre sus procesos. Luego algunas de ellas realizaron un arduo trabajo de desgrabación: cada entrevista consta de entre quince y treinta páginas. Es esa la materia prima o materialidad política y militante que hizo posible la escritura de este libro. Aquellas mujeres no sólo hablaron de "sus" abortos, ahondaron en sus vidas. Es de destacar que cada una de ellas insistió en la importancia de dar su testimonio "para que ayude a otras".

A fines del año 2013 recibí la entusiasta propuesta —y la confianza— de escribir relatos ficcionados teniendo como base dichas entrevistas: había ahí una idea de libro. Debo confesar que esa idea me estimuló y me maravilló, no sólo por la decisión de confiarme un material tan preciado para que escribiera, sino porque me interpelaba fundamentalmente como socorrista y como sujeta que ha pasado por su cuerpo la experiencia de abortar, en otro contexto y otro tiempo social y político. Dije que sí casi sin pensarlo. No sospechaba en aquel entonces las dificultades con las que me tropezaría a la hora de darle otro cuerpo a lo que ya tenía cuerpo. ¿Cómo trabajar con un material tan íntimo y no traicionar el "tono" y el contenido que cada voz transmitía? ¿Qué hacer con mis propias dudas en relación al "uso" de esas voces? ¿Era "literatura" lo que pretendía escribir? ¿Por qué no simplemente imaginar estas historias en lugar de partir de la realidad, no pocas veces cruda, que me ofrecían las entrevistas? ¿Y si se publicaban las entrevistas directamente? Fueron muchos los intercambios que tuvimos con **Las Revueltas** a partir de estas inquietudes. Y fue extensa su paciencia y constantes las propuestas de superación de obstáculos. Obstáculos que sin dudas tuvieron también mucho de la propia resistencia a escribir —¿exponerme?— sobre aborto. Los diecisiete relatos que dan forma a este libro son el resultado de ese diálogo a lo largo de todo el año 2014. Los lugares retratados son reales aunque han sido modificados los contextos y las fechas. Decidí no respetar el orden cronológico que las entrevistas sugerían y me dejé guiar por las sensaciones a las que cada relato me enfrentaba cuando debía darle el orden en el que aquí aparecen. Finalmente sentí que eran las propias mujeres las que estaban contando su historia y que yo era un medio para que eso se plasmara en la ficción, preservando sus identidades, condensando sus vidas e imaginando escenarios para sus palabras. Y digo "mujeres" siendo consciente de que no son las únicas sujetas que abortan. El aborto ocurre en cuerpos de lesbianas, personas trans, bisexuales. Sin embargo en este libro los relatos tienen como base la experiencia de mujeres heterosexuales dado que fueron ellas las que accedieron a ser entrevistadas.

Además de los relatos, ***Las Revueltas*** aventuraron un diálogo con ilustraciones. Allí también me dieron total libertad para elegir a lxs compañerxs de viaje. Luis Acosta y Gisela Martino son lxs responsables de darle otro giro a las palabras, dos artistas amigxs y compañerxs de vida y de activismo que también soportaron mis vaivenes de humor y alentaron y aportaron sus valiosas miradas a los textos. Ellxs también se enfrentaron a un dilema: ¿cómo ilustrar un libro sobre aborto? Aunque suene extraño, no pensaron en aborto. Hicieron eje en las personas, en los cuerpos humanos, en sus emociones. La aproximación que encontraron más respetuosa fue la del retrato.

Otro es el tiempo que transitamos en relación al aborto. Recuerdo el "Yo aborté" de hace más de diez años que promovió y posibilitó RIMA (Red Informativa de Mujeres de Argentina). Las experiencias allí narradas en primera persona tenían la impronta de la "marca" que el aborto había provocado en sus vidas: esa vivencia que hacía que se sintiera como "un antes y un después de". Los relatos que componen este libro tienen otro tono, el aborto no parece ser un "antes y un después de", es simplemente y como lo dice una de las entrevistadas "una cosa más de la vida". Por supuesto que no todas las personas que deciden abortar tienen acceso a los acompañamientos que propiciamos desde Socorristas en Red. En ese sentido sigue siendo un privilegio acceder a información adecuada y confiable sobre las prácticas de aborto. Sin embargo la tecnología vinculada a la comunicación (Internet, teléfonos celulares, etc.) y la propia tecnología que la pastilla conlleva, facilitan cada vez más ese acceso. La Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito ha hecho posible el cambio de época en relación al tema. Los "Socorros Rosas" se inscriben en esa lucha y desde allí activamos por la legalidad del aborto en Argentina. Estamos entonces frente a una marca de época: cada vez más personas (no necesariamente activistas) se animan hablar en este tiempo de sus prácticas de aborto, lo que establece un modo para lograr su despenalización social además de su legalidad.

Finalmente quiero contar otra anécdota que me terminó de convencer de la necesidad de un libro como éste: en medio de los varios pequeños conflictos y dudas que tuve con su escritura, le pedí a una amiga, Claudia Perren, –profesora de lengua y literatura– y compañera de Enredadera Colectiva Feminista (colectiva a la que pertenezco y que activa en la ciudad de Rafaela), que leyera algunos de los relatos. Me instalé en su casa una tarde de sábado. A los pocos minutos tocaron el timbre. Un ex alumno, Marcos, pasaba de visita. Claudia le dijo: "Sentáte, escuchá y calláte la boca." Ante el silencio de ambxs, leí uno de los textos. Cuando terminé de leer, visiblemente emocionado, Marcos me dijo: "Mirá yo estaba en contra del aborto o al menos no lo tenía muy claro." Y dirigiéndose a mi amiga, exclamó: "Claudia quiero que me des de esos carteles que tenés por ahí ¡para salir a pegar ya!" Ese fue un enorme empujón para que brotaran las últimas líneas. El **Rosa** con el que escribimos socorridas y socorristas estas historias es un **Rosa** fuerte, intenso, lleno de vida y de pasión. "La vida en Rosa" de estos tiempos es la que escribimos desde la resistencia y la rebeldía de nuestros cuerpos que hoy deciden gestarse a sí mismos.

Dahiana Belfiori
Febrero 2015



En febrero de 2014 Las Revueltas me invitan a visitar Neuquén durante unos breves e intensos días. Tiene un objetivo concreto la visita: la idea es registrar mis impresiones para la escritura de este libro. De la "pampa húmeda" a la Patagonia se cuentan miles de kilómetros. El viaje en avión me ahorra sentir su espesor en las articulaciones pero puedo reconocerlo ahí abajo en su consistencia de tiempo largo y detenido, mientras pasan veloces nubes y campos. Desde el cielo las ciudades se ven como puntos diminutos, salpicadas aquí y allá en un escenario de cuadrados verdes, marrones, ocre, amarillos. Mientras viajo tengo la costumbre de imaginar historias. Las historias no difieren mucho entre sí, sólo cambia el horizonte. Pienso que las que vengo a registrar tampoco serán distintas de las que conozco. Veré luego que siempre hay matices, que cada una tiene algo singular e intransferible, que el paisaje ejerce su cuota de sorpresa, que cada lugar es único, es especial por la trama de relaciones afectivas que se establecen. En el aeropuerto de Neuquén me espera Rosa que ya organizó lo que resta de la tarde para variados encuentros. Llego a esa ciudad por segunda vez en mi vida. La primera fue para el Encuentro Nacional de Mujeres realizado en el 2008. Pasaron seis años desde entonces. Ahora la experimento más terrosa, más seca de lo que la recordaba. Habrá sido la lluvia persistente de aquellos días que me impidió percibir su ser de tierra. A pesar de sus bardas y sus ondulaciones, hay un llano más profundo que me recuerda los pueblos de Santa Fe, la provincia en que nací y vivo, pero sin el verde artificial de los sembrados de soja. Aquí la tierra no esconde sus heridas, las exhibe ante el azote permanente del viento y la acción devastadora de las máquinas extractoras de petróleo.

No te quiero



Es hermoso sentir la piel de su espalda bajo la presión de mis dedos. Me entretengo sobre la flor tatuada en la nuca justo debajo del nacimiento de su pelo largo, abundante, que huele a jazmín. Me mareo su perfume y caigo en la flor. Abro mi cuerpo, ofrecida. Lo deseo con el estómago, con la boca, la lengua, los dientes. Muerdo su hombro derecho. Hago círculos en cada omóplato mientras él exhala en mi cuello los días a la orilla del río Limay. En cada órbita que dibujan mis manos, un remolino de agua se desprende de sus ojos. Marcelo habla con los ojos. Y con las manos. La voz de su mirada es distinta a la que sale de su boca. Es una voz antigua, que trae ecos de fogón y de selva, es ajena y propia al mismo tiempo. Con la voz de sus ojos navego por el mismo río que él camina a diario buscando sonidos para su guitarra; con la de sus manos me hundo en mis mares, más lejanos, cuando nos encontramos en la noche.

Es hermoso sentir su piel. Es otro modo de hacer el silencio, de vivir más tranquilos. Eso buscábamos cuando nos vinimos al pueblo: el río y su costa, la casa pequeña y los frutales alrededor, algunos animales y nuestros hijos corriendo por ahí. Al lado de la casa armamos un centro cultural para los chicos de la zona. Los álamos nos envuelven y el río nos atraviesa empapando la costa, manso y teñido de tierra, siempre presente. Aquí no hay otro apuro más que el del hambre y cuando el hambre viene la huerta es generosa. Nos vamos amigando con las estaciones de la siembra y de la cosecha. Vamos conociendo nuestras hambres. La gallina también es generosa. Pone huevos cuando quiere. Mora, la más pequeña de mis hijas, la persigue por el bosque que rodea la cabaña, quiere saber de dónde le sale el huevo. A mí me da risa su inquietud y la sigo entretenida. Es que el hambre tiene sus misterios y el cuerpo sus urgencias, esta que me aprieta a Marcelo, como aquella otra en que el deseo me sumergió en su río. Mora viene de ese deseo. De ese deseo vino lo que no quise.

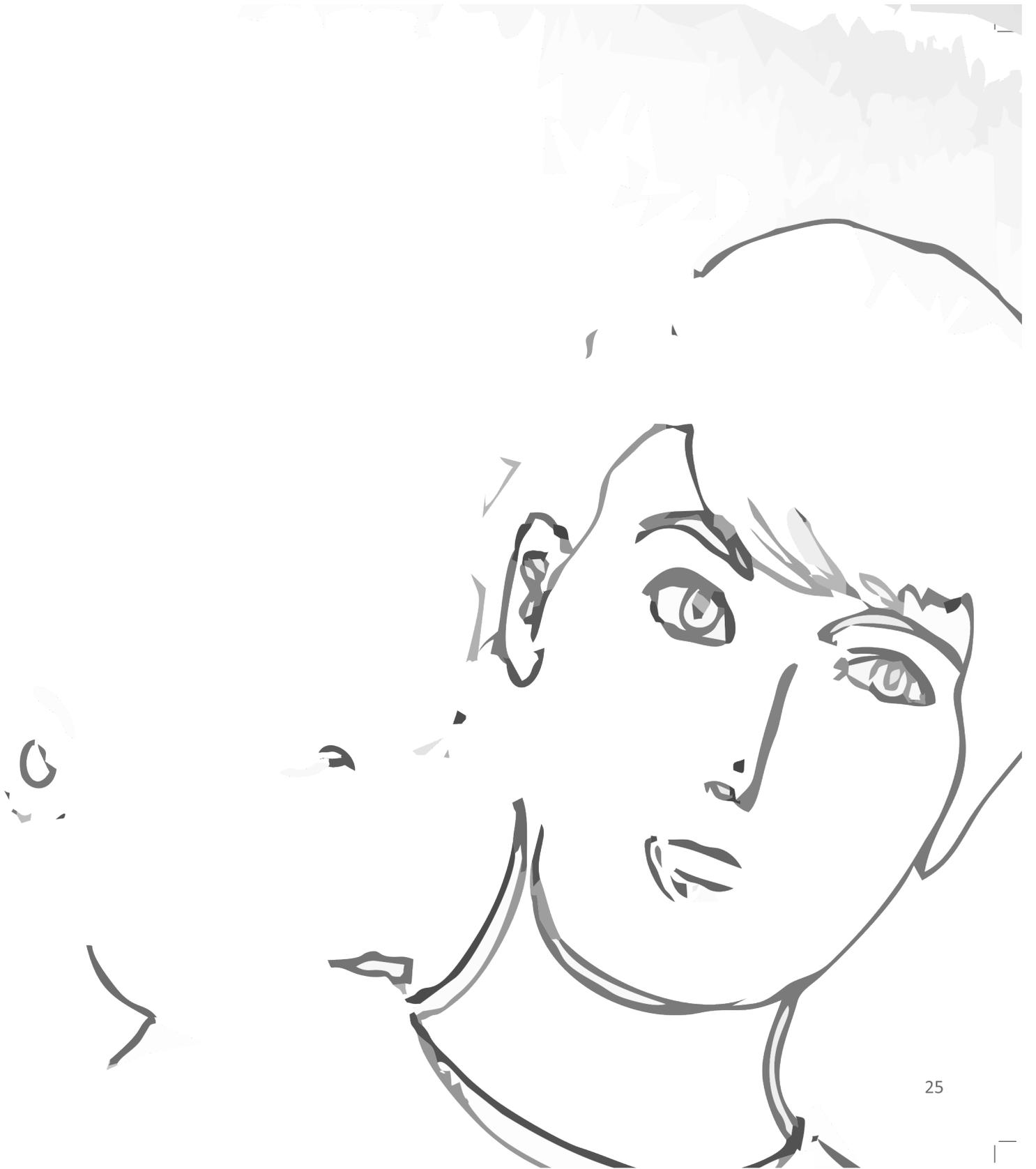
El deseo también recorre la salita de obstetricia del centro de salud donde atiendo a mujeres, escucho sus modos, registro sus tiempos durante el trabajo de parto. Cuando transpiran sus manos, les susurro respirando con ellas, imito sus jadeos. Y si su cara se tensa por el dolor de las contracciones cada vez más seguidas, acelero el ritmo de mi respiración y dejo que se aferren a mis manos. Algunas veces me lastiman, parecen fieras cuando paren. Parir tiene su ritmo, cada vez novedoso y primitivo. Otras veces sus gritos producen remolinos en el río, me gusta pensar que tienen ese poder.

Va a estar todo bien, no te quiero ahora. Preferimos que no vengas, dije mientras me colgaba para dejar salir lo que nunca daría a luz en el mismo lugar donde me colgué para que Mora viniera. En esta casa, jadeando también, parí a mi hija bajo el álamo. Ahora no quiero ser madre. No otra vez. Y la ansiedad le imprime a mi aliento un ritmo irregular. Como cuando me encontré con Magda en Neuquén, una conocida del pueblo. *Vengo acá a abortar porque me lo aconsejó Celina,* me dijo. Celina es médica y es la mamá de Juan y Lena, unos nenes preciosos que cuido un par de veces por semana. Aquel encuentro en la plaza frente al monumento, con un grupo de mujeres hablando en voz alta del aborto que nos íbamos a hacer, me sorprendió y me tranquilizó. En la plaza me di cuenta que ellas hacen lo mismo que hago yo: acompañan a otras mujeres.

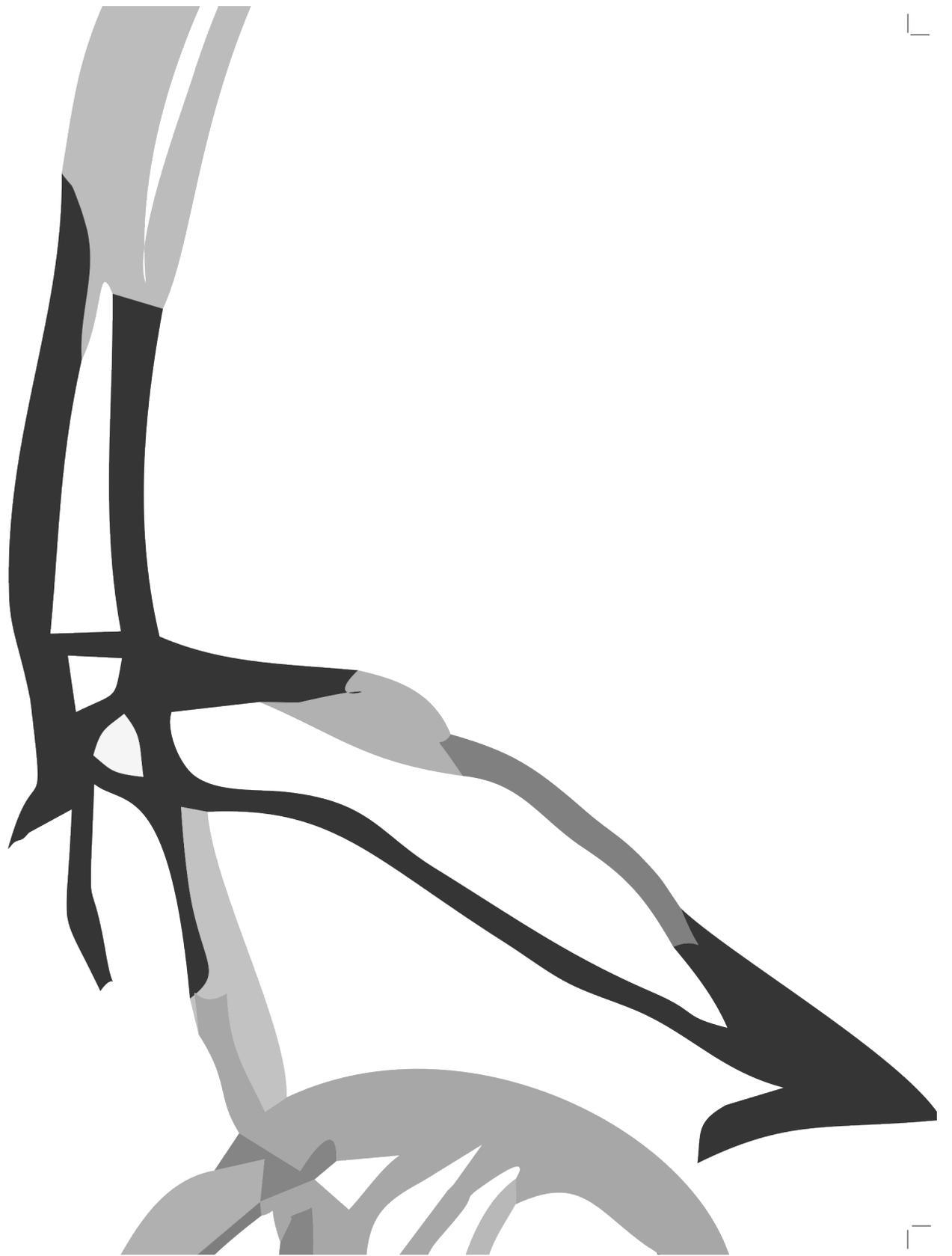
Sol está de cinco meses de embarazo luego de seis abortos espontáneos. Mi amiga Sol, que anhela ser madre, me dijo que era bueno para soltar y soltarme que repitiera: perdón, te amo, gracias. Sin proponérselo me entregó una especie de llave que desde siempre compartimos las mujeres. Eso hice. Me colgué, esperé a que las pastillas hicieran efecto y repetí en voz baja, como un mantra, perdón, te amo, gracias.

Lloré sin culpa. Lloré para que mi determinación no estuviera sola. No quería ese embarazo. No lo quería, no lo quiero. No ahora. No. Quiero disfrutar de Marcelo, de la casa, de los álamos, de Mora persiguiendo a la gallina. Quiero acompañar a otras en el viaje que sus cuerpos andan cuando paren. Yo parí mi aborto. Cayó en un balde que puse entre mis piernas. Entonces fui a la salvia de la noche, la planta que limpia mi sangre menstrual, y se lo di todo. Se lo ofrecí a la tierra mientras le agradecía y le pedía por Sol, por su embarazo. Algo nos une y se lo dije. Hacemos de nuestros cuerpos el lugar para albergar nuestras decisiones. Querer y no querer, estamos atravesadas por el deseo. Vos le decís sí. Yo: no te quiero.

•



Acompañadas



- Hola Luciana, te llamo para saber cómo marcha todo. ¿Estás bien?
- Hola, sí, sí, estoy bien. Ya se me pasaron los escalofríos, pero ahora tengo una sensación como de una pelota que me baja, qué sé yo, ¿qué es?
- No lo sé Lu, pero tranquila que todo va a ir bien, cada mujer tiene sus sensaciones. ¿Completaste la dosis ya?
- Me falta la última. En un par de horas.
- Bueno, en un rato te vuelvo a llamar.

Rosa sostiene el celular con la mano derecha, habla con tono pausado, parece que lo que hace le fuera propio, un aprendizaje antiguo, como si no hubiera nada novedoso en esas charlas. Se despliega con una soltura y una naturalidad de cirujana, no en vano varias le dicen "Doctora". Ella les aclara a todas que es docente pero las chicas insisten en llamarla así, como si el título les diera seguridad. Está sentada en una reposera en el balcón del departamento que alquila en las afueras de la ciudad. Sobre las piernas tiene una carpeta con los datos de las del último mes. Está abierta en la ficha de Luciana.

- Mercedes me dijo que es que me está bajando, que es que está bien, que me quede tranquila.
- ¡Pero mirála vos a Mercedes! —contesta Rosa sonriendo al otro lado del teléfono mientras piensa que fue una buena idea haberles dado la información a las dos juntas. Luciana se ríe. Rosa sabe que los chistes son un buen remedio para contener la ansiedad, siempre hace alguno, incluso en los momentos complicados tiene salidas que ayudan a mirar para adelante. Todo el mundo respeta a Rosa por eso. Y por su osadía: siempre sabe ver más allá.
- Mechi me ayuda mucho la verdad. Es que ella lo hizo ayer, así que sabe.

Así que sabe, piensa Rosa y asiente con la cabeza. Por supuesto que sabe. Es un saber que circula en un ir y venir de aguas subterráneas que terminan saliendo a la superficie, un secreto a voces, tanto que no hay quien no lo sepa. Mercedes y Luciana saben, como saben las más de quinientas mujeres que acompañaron este año. Como también sabe el ginecólogo que le pasó el dato a más de una a las que luego hizo las ecografías de control, como sabe la médica que lucha por el aborto legal y en el hospital se encarga de que el no punible se cumpla. Neuquén entera sabe.

Mercedes es inquieta y curiosa, le gusta viajar, por eso se decidió a estudiar turismo en la Universidad Nacional del Comahue. La carrera no le garantizó ningún viaje, pero al menos hizo que conociera algunas maravillas de la zona y, por fotos, las del mundo. Ella está convencida de que el nomadismo le viene de cuna, haber nacido en Resistencia, donde su mamá y su papá habían ido a visitar a la familia paterna como excusa para vacacionar, confirma su certeza. Las vacaciones se hicieron estadía. Un año y medio en el norte antes del regreso a Neuquén. Ella dice en voz alta que se acuerda de ese viaje de vuelta y cree que también se acuerda del de ida pero no se anima a confesarlo. Sólo se lo dijo a Gastón y para él está bien. ¿Qué otra cosa puede hacer con un recuerdo tan vívido?

–Hoy vamos a comprar ese test.

–No, todavía no, ya me va a venir.

–Estás rara Mechi.

–A vos no se te mueve un pelo. Estás tan tranquilo, claro, si se pincha el forro o las pastillas no funcionan o me olvido de tomar una, vos no te quedás embarazado. Vos no tenés idea de lo que es coger pensando en eso.

–Sos injusta Mechi. Dale, hagamos el test. Vení, abrazáme.

Mercedes se apoya en su pecho, siente la tranquilidad de Gastón. Ella casi nunca logra estar tranquila, menos ahora. Baja la vista y se recuerda hace un momento, mientras se bañaba: los pechos hinchados, la parte baja del abdomen abultada. Le duelen, le pesa. Todo le pesa. Todo le aprieta. Y el hambre, todo el tiempo el hambre. La desesperación por comer chocolate o helado o un sánduche de milanesa. O papas fritas. Y después otra cosa, porque las papas fritas, el chocolate y la milanesa no alcanzan.

Desde chica sueño con ser jay!... mamá. Y aparte con lo que me gustan los nenes. Pero no, no, justo ahora no, que estoy con un montón de planes, de proyectos, de cambiar de vida, de ciudad, de un montón de cosas. No, justo ahora no, no estoy preparada. Quedamos los dos como paralizados, con una mezcla de alegría y de tristeza y bronca porque estábamos cuidándonos, no es que... Discutimos, sí. Lo charlamos también. Una mezcla de emociones encontradas. Entre los dos decidimos.

Me tira un poco ir formando familia. Pero es ella la... la que lo va a llevar nueve meses. No sé si está bien lo que pienso, pero me da lo mismo tenerlo o no, porque es ella a la que estoy jodiendo en realidad, yo puedo seguir mi vida normalmente con un hijo. Ella es la que encima de los nueve meses, después lo va a amamantar. Es su decisión. Suya. Yo la acompaño.

En el hospital atiende una vez por semana, dos si está de guardia. Las chicas sacan turno con ella. La prefieren a otras ginecólogas, se corrió la voz de que es piola. Siempre hay cola para su consulta.

–Es lindo, ¿no?

–No, no es lindo. O sea, es lindo pero no es lindo, porque yo no lo quiero tener.

–Ah... entiendo. Bueno, no te hagas problema. Yo te voy a acompañar. Te recomiendo que vayas a ver a las chicas de Socorro Rosa. Ellas te van a asesorar. Y cuando me necesites, venís y me buscás.

Sara anota en un papel el número de Rosa y se lo extiende a Mercedes con calma. La abraza, le dice que vuelva para los controles.

Estaba nervioso, no sabía qué decir, cómo preguntar. Pensé tantas cosas al mismo tiempo. No quería que le pusieran una mano encima. No sé. Quería consultar, quería saber. No tenía seguridad. No estaba tranquilo. Escuché tantas historias de amigos con sus novias que tuve miedo. Mucho. Pensé: lloremos, hagamos todo lo necesario. Hablemos. No sé. Llamé al número que le dio la ginecóloga a Mechi. La escuché. Una respuesta rápida, alguien del otro lado. Había alguien. Una cara. Me gustó su respuesta: "No puedo de un día para el otro, pero mañana nos vemos. Igual quedáte tranquilo. Pasáme con Mercedes."



Camina apurada, tiene frío, las náuseas no la dejan respirar. Piensa: ojalá todo haya sido un error, ojalá que el test haya fallado, que el análisis en el hospital también. La ecografía es su esperanza, confirmará lo que sabe: su cuerpo miente.

—Ese es tu bebé, va a ser bailarín, ¡mirá cómo se mueve! —le dice el ecografista con una sonrisa de oreja a oreja, mientras gira la pantalla y le aprieta con el transductor el abdomen. Mercedes ya no soporta ese gel helado. No soporta ver. Lloro.

—No por favor, no te quiero escuchar más. ¡Calláte!

—Bueno, ahora le vas a escuchar el corazón a tu gordo.

—¡Basta por favor! No me digas eso que estoy en un momento horrible.

Eso fue lo peor, si no me hubiese hecho esa ecografía hubiera estado más tranquila. Fue mi detonante. No puedo hacerlo. No lo quiero. No puedo hacerlo pero no lo quiero. No quería escuchar sus latidos, y los parlantes y el tipo sonriendo, contento, como si gozara ante mi llanto. Como si gozara porque logró que escuchara los latidos de mi bebé. ¿Mi bebé? Voy a quemar esa ecografía.

Fue un alivio ver a una persona cara a cara que pensaba lo mismo que ella, que la entendía, que no la juzgaba. Rosa era como su hermana mayor o como su tía. Era una más. Y estaba tranquila y sonreía y la abrazaba. Se sentaron en un bar mientras esperaban a Luciana, otra chica que necesitaba información para abortar. A Rosa se le ocurrió probar con entrevistas grupales, un poco por la cantidad de llamadas del último mes y otro poco para ver qué pasaba. Sospechaba que podían acompañarse entre ellas. Era cuestión de probar. Y probó. Y resultó.

—Estuve toda la tarde al reverendo pedo y nunca me llamaste para que te vaya a hacer compañía.

—Lu, es la una de la mañana.

—Ya sé, ya sé. Pero siempre te ofrecés vos, yo también estoy para vos Mechi...

—Bueno, perdonáme. Ya me puse la primera dosis.

—¿Y cómo estás?

—Es tal cual dice el folleto. Me duelen los ovarios, como si me estuviera viniendo. Tuve un poco de fiebre y temblores. Y ahora diarrea. Estoy bien, un poco asustada pero bien. Está Gastón conmigo, no me suelta.

—Llamáme cualquier cosa. O a Rosa.

—¡Ya le mandé creo que treinta mensajes!

—¡A ella sí y a mí no!

—Vas a ser la primera en enterarte Lu, prometo.

Salir a caminar, para no pensar. Salir a caminar para que me baje, para que se vaya pronto. Salir a caminar para soltar. Sentir que los dolores se hacen más intensos. Sentir que por dentro una heladera se descongela, sentir que caen bloques. Sentirme como una heladera que se está descongelando, me desarmo en bloques, pedacitos míos que se van cayendo. Me duelen los pedacitos. Me duele.

La sala de Obstetricia y Ginecología del Castro Rendón estaba llena ese viernes. Como todos los viernes desde que funciona el TeA, una consejería post aborto que a fuerza de debate y convicción logró instalar una ginecóloga antes de jubilarse. Había diez chicas esperando ser atendidas. Luciana y Mercedes fueron juntas. Gastón fue también pero esperó afuera.

Nos atendieron con una sonrisa y chicas cómo andan y cuéntenme qué les pasó y comenzaron a hacer preguntas típicas, que la edad, que el trabajo, que el estudio, y esas cosas. Y luego si queríamos contar por qué lo hicimos, si habíamos llevado los análisis, las ecos y eso. Me sentí cómoda. Muy cómoda y hasta fue divertido porque entramos juntas con Luciana y las dos ahí haciendo la revisión con dos médicas. Nos reíamos, estábamos ahí entre la vergüenza y la tranquilidad. Me sentí acompañada. Estaba todo bien para las dos. Me sentí tranquila. Creo que Lu también.

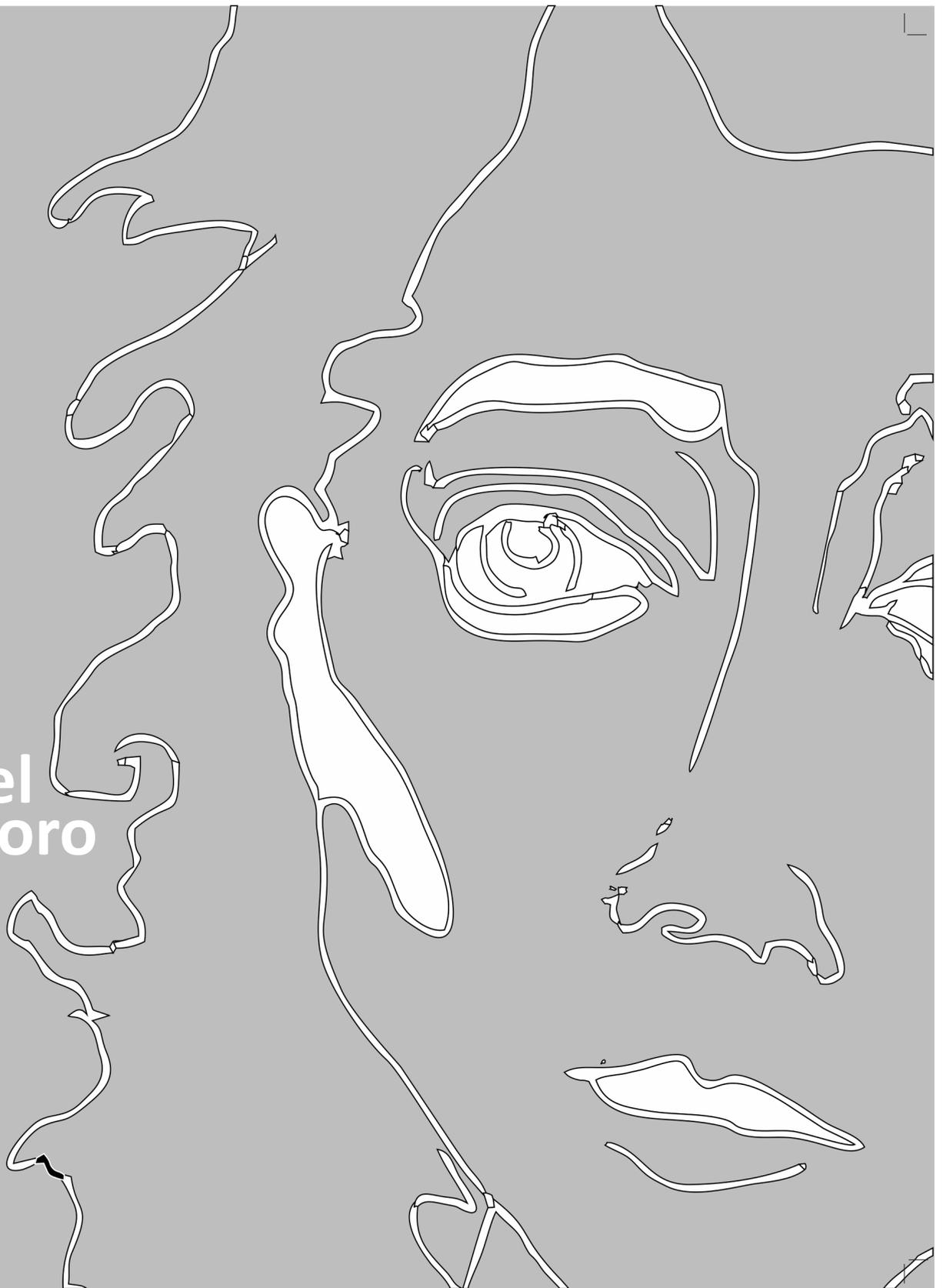
—¿Pensabas que te podías hacer un aborto en tu casa, con pastillas?

—¡No! Es más, creo que esto se tiene que difundir más. Qué bueno lo que hacen Rosa, qué bueno. Todo ese acompañamiento, tus mensajes, tus llamadas. Saber que no estás sola, además.

Rosa corta con Mercedes, llena su ficha. Anota algo en su cuaderno. Sonríe. Junta los libros de la mesa de la sala de profesoras del Instituto en el que trabaja y se cuelga el bolso. Sale a la calle. Siente el viento frío pegándole en la cara pero hoy no le molesta. A pesar de traer tierra, el viento se lleva las preocupaciones, no sólo las nubes.



Por el
inodoro







Yo creo que no me merezco ser madre ya. Mi madre no existe. Mi hermana es igual a mi mamá. Me da pena mi papá.

¿Cómo me va a pasar dos veces? Soy una boluda, eso soy.

Cómo le va a pasar dos veces, asiento como una boluda también. Nos sentimos boludas a menudo. La pregunta de Laura y mi reprobación me quedan resonando por días como una canción pegadiza. Mientras leo los apuntes sobre su historia viajo a Rosario a hablar sobre socorrismos, acompaño a tres mujeres a abortar y las escucho del mismo modo que a ella. Siempre aparece la culpa y la justificación. ¿Y qué si simplemente no las hay? Abortar. ¿Hacen falta palabras si con ese acto estamos definiendo y defendiendo una vida?

Mi hermana siempre igual y mi papá que no puede más con todo. Visitarla no me hace bien, no puedo entenderla, tampoco entiendo a mi mamá. Las dos hicieron lo mismo. Las dos fueron unas egoístas. Cómo pueden con sus conciencias, cómo pudieron dejar a sus hijos. Irse. Ellas nos dejaron. ¿Y yo? ¿Por qué las juzgo? ¿Qué derecho tengo? Al menos no repetí la historia y papá no tiene que alimentar otra boca. Y no hay nadie que se haya muerto. No, no estoy muerta.

La tensión entre la vida y la muerte aparece siempre en el acto de abortar. ¿Quién vive? ¿Quién muere? ¿Por qué pensarlo así? Laura no está muerta, tiene razón y tiene razón en que nadie murió porque no hay a quién enterrar. Todo se va por el inodoro. Aparece en la memoria de mi cuerpo un poema que escribí hace años:

/confirmación

una lágrima entre las piernas, roja
parece caer, como todo lo que gira

parece

yo la veo como si fuera de otra
incapaz de asumir la forma de la sangre

la vida y la muerte resbalando
hacia el inodoro.

Vuelve la sangre. Sale del cuerpo confirmando que no seremos madres, al mismo tiempo que renovamos esa posibilidad. Rueda y niega lo que se espera de nosotras, se va por el inodoro. ¿Será que en la sangre que se pierde hay una prueba evidente –material, concreta, definida– de que elegimos la propia vida? Edad fértil: la de tomar decisiones, cada mes, doliendo a veces. Uso el plural y me río sola: ¿de qué nosotras estoy hablando?

Laura se narra a sí misma. Narrarse siempre conlleva peligros y aunque quizás ella no pueda expresarlo abiertamente, lo intuye. No mide las palabras que salen de su boca. Dice y se desdice. Arma un rompecabezas textual: las piezas no encajan. Es que lo que tiene para decir apenas le convence a ella. Desesperación, alivio, confusión, pánico, alivio otra vez. Decidir en el medio del caos. Y actuar.

Pensé mucho en mi papá.

Sentí que le iba a romper el corazón. Ahora siento alivio y culpa. Alivio.

Pasaron muchos días hasta que pude hacer algo. Todo ese tiempo sin saber qué hacer y él diciéndome por teléfono desde el otro lado del mundo que se iba a matar si lo tenía. Dos varones a los que les tuve miedo. Mi papá, mi... ¿novio? ¿Les hubiera arruinado la vida con un hijo? ¿Lo quería yo?

Mi padre: nos crío a nosotras tres. Mi mamá se fue. Él se tuvo que hacer cargo de nosotras chiquitas, un trabajo bastante pesado. Se hizo cargo también de mi sobrino, y yo sin trabajo. No quise ser una molestia más en su vida. ¿Y si lo tenía y después no lo quería? ¿Si yo no lo quería? ¿Lo quería yo?

Mi novio: este chico debería haberme chupado un huevo. Pero no. Así que iba a matar a la abuela, al perro. Así que iba a robar a quien fuera para no tenerlo. Así que iba a matarse. Así que no quería que me lastime. ¿No *querías*? Lo que quería era seguir con su vida. Puso plata para las pastillas, es cierto. Queda lejos Buenos Aires de Neuquén. Quedó lejos saber lo que pasaba por mi cuerpo. Te quedó lejos todo.

No llamaste por teléfono la noche en que pasó lo que pasó.

Mandaste mensajes.

Te quedó lejos todo.

Me enojo a la par de Laura. Registro sus 27 años y sus imposibilidades. Sin trabajo, dependiendo de su padre para vivir. "Otra boca que alimentar". Arriesgo para mí que no pocas veces las decisiones bajo las cuales actuamos no son tan propias. Aunque me pese decirlo, incluso las que llevan a los abortos. Así como se paren madres a cada rato bajo los designios culturales, así tal vez algunas que (¿genuinamente?) quisieran serlo también abortan. Laura abortó, otra vez, en la soledad de sus afectos. Toda decisión es en contexto. Todo aborto también.

Estar con ella me tranquilizó, aunque no quería que nadie me viera así, sufriendo. Ella es una amiga de este chico. Ni siquiera es mi amiga. Ella estuvo ahí, se acostó conmigo cuando empezaron los dolores. Me habló suavemente y acarició mi cabeza. Sangré. Él debería haber estado ahí. Vos deberías haber estado. También era tu sangre.

¿Era su sangre?

¿De qué materia están hechas las ausencias?

¿Sangró Laura unas cuantas?

¿Se habrá encontrado en ellas?

Las que sí estuvieron fueron ellas, las otras chicas como yo que iban a abortar, el día que me reuní con ustedes. Ellas iban buscando la misma solución. Ustedes estuvieron. Me hablaron de lo que me iba a pasar, me acompañaron. Me sentí tranquila por primera vez después de tantos días de angustia. Lloré.

No soy madre. Aborté. Aunque me sentí sola, también me sentí acompañada. Otras como yo estaban abortando quizás al mismo tiempo. Y ustedes existían al otro lado del teléfono.

No es madre, es cierto. Me pregunto cuánta madre habrá que dejar de ser para ser madre, cuánta ausencia hay en toda maternidad. Laura no es madre. Laura abortó.

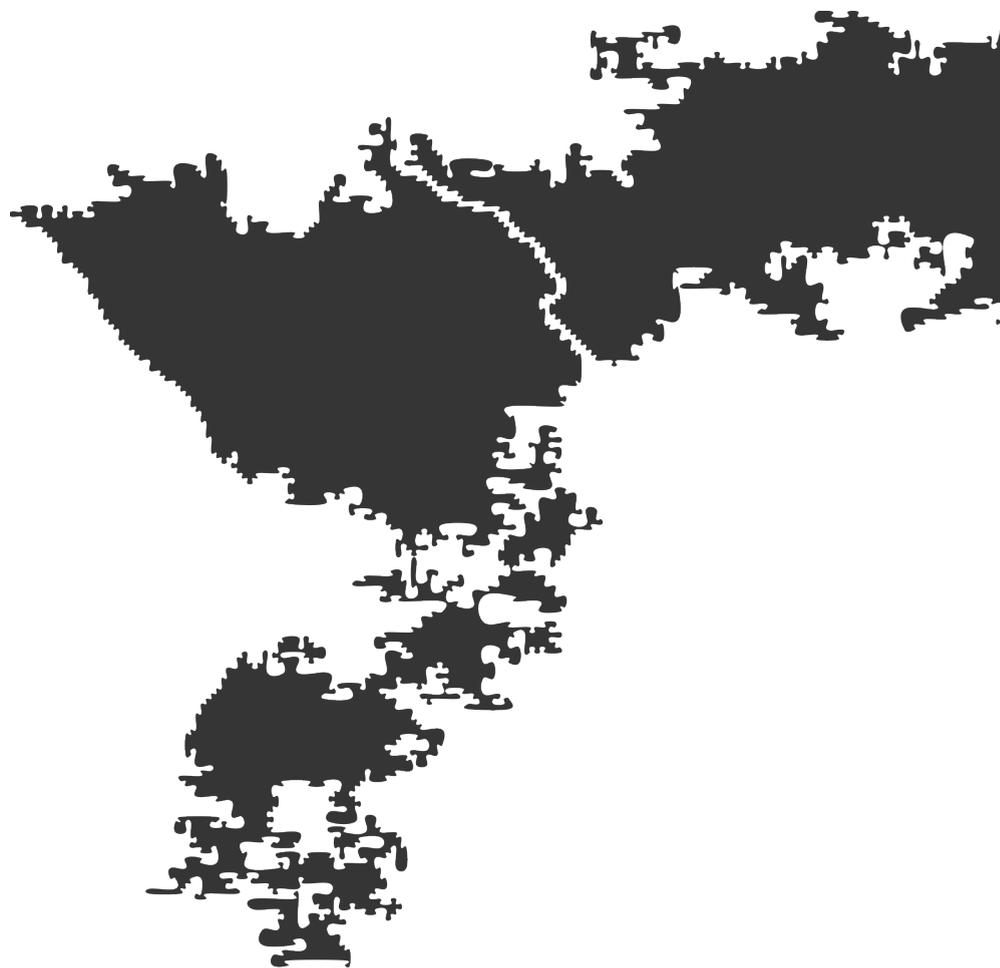
¿Contra su madre?

¿Contra su hermana?

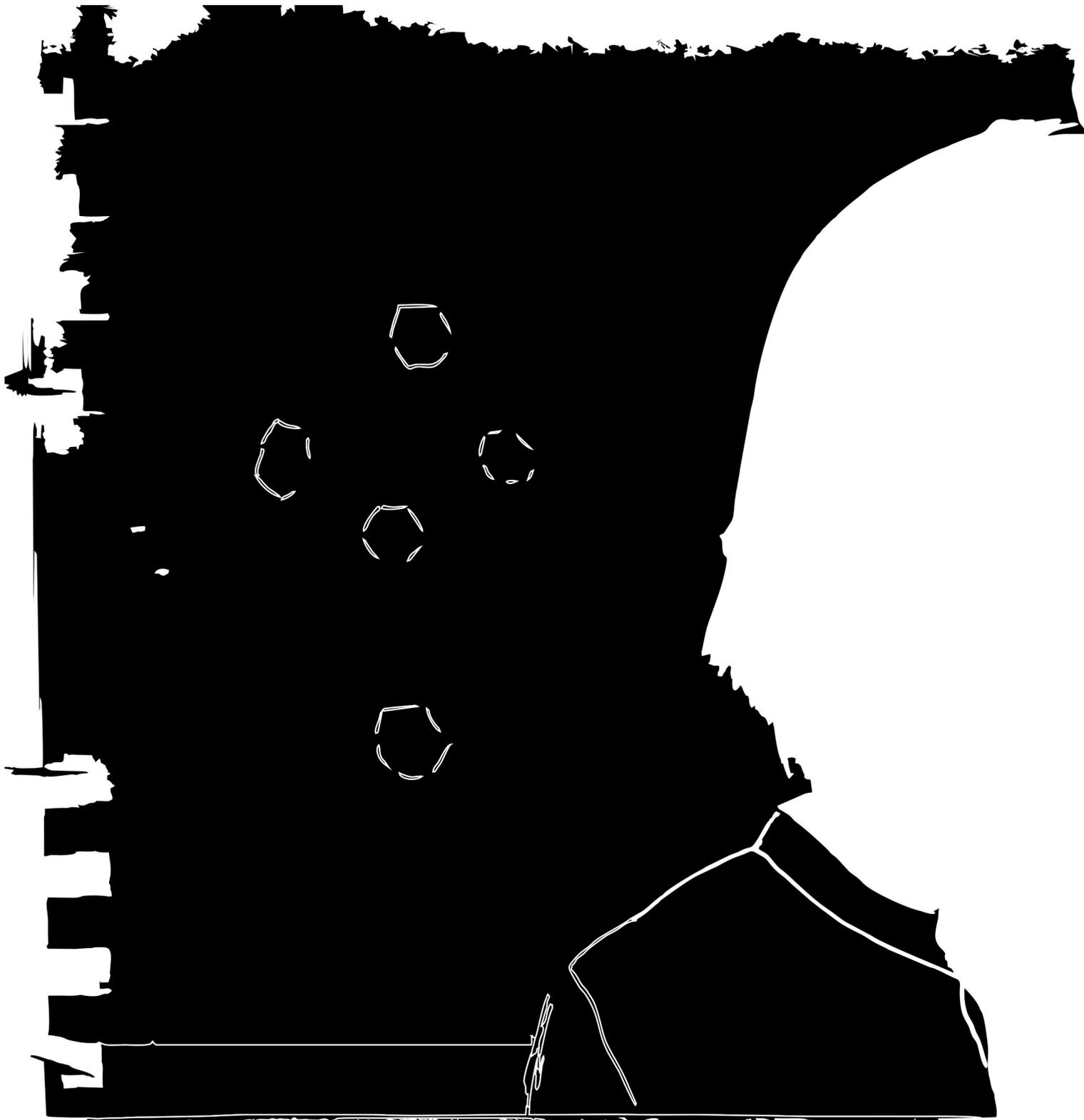
¿Contra sí misma?

•





Rosa maneja su auto con destreza. Con varias compañeras ha recorrido el país hacia destinos feministas y sabe sujetar el volante bajo sus manos flacas y firmes. Ríe y comenta algo acerca de lo que haremos. Presto poca atención. Me dedico a observar por la ventanilla. El sol pega fuerte sobre mi brazo derecho, hace calor, estoy mareada y el oído zumba más de lo habitual. Mara nos espera en su casa. Allí pasaremos unos días. El desánimo que me provoca el paisaje se contrasta notoriamente con la calidez de Las Revueltas. Admiro ese rasgo que parece definir las, la alegría en cada encuentro, en cada acción, además de la irreverencia. Luego de atravesar la ciudad llegamos al barrio que me alojará. Adentro se respira el aroma de una torta de chocolate recién horneada y de café caliente. Los abrazos, las risas, los chistes son frecuentes entre ellas. Agradezco interiormente cada uno de esos gestos. Pienso en su fortaleza, en la de ellas, en la de las mujeres que acompañan. Me veo acompañando también. Recuerdo mi aborto.



Salir adelante

Silencio, ante cada pregunta un breve silencio y luego palabras, limitadas casi a un sí o a un no que se oyen en esa ambigüedad habitada entre la firmeza y la duda. De ser muy necesario agrega una sucinta explicación. Es como si no pudiera decir más que lo justo o que hubiera aprendido a medir el habla. Ella parece dar cuenta de los poderes ocultos de esos monosílabos, dominando sus significados. ¿Qué es un sí? ¿Habría que agregar algo más ante una palabra tan rotunda? ¿Y ante un no? Luego, siempre, el silencio. Intento imaginar voces en su cabeza. Las imagino desde la mía, llena de ruido, de ebulliciones, de ganas de hablar. ¿Tendrá ganas de hablar? ¿Hablará de sí misma con una amiga, con su madre? ¿Le contará a su hijito de sus excursiones en tierras lejanas? ¿Podrá contarle su vida? ¿Creerá que no tiene importancia? Ella anda calladita y al escucharla así mi propio ruido adquiere una densidad de plomo.

Camila tiene los ojos llenos de tierra. Esa tierra que inunda los ríos haciéndolos torbellinos de barro durante el verano. En enero del 2011 viajé a Bolivia, la tierra que Camila porta en su mirada. Fue un viaje largamente esperado y soñado por mí. Buscaba algo, en rigor siempre se viaja en busca de algo que puede o no estar definido de antemano: descanso, aventura, conocimiento. A veces también un viaje es una manera de huir. Camila viajó a Argentina. ¿Buscaba algo?, ¿huía de algo? En su itinerario llegó al sur. La veo entregada al paisaje que se le ofrece tras la ventanilla de algún colectivo, la imagino añorando: con dieciocho años conoce el alcance del destierro. Lo puede medir en horas, en miles de materiales horas.

Cuando estaba en Bolivia tuve una postal única del silencio: una mujer con su característico aguayo colorido y sus largas trenzas estaba sentada sobre una roca observando la pequeña extensión de tierra que florecía bajo sus pies. Permanecía quieta y muda sin embargo todo en su cuerpo era de una intensa elocuencia. De mis ojos cayeron lágrimas, no me di cuenta de eso hasta un par de horas después cuando pude volver a escuchar mi voz. Me oí decir 'gracias' en el vacío y la cara se puso tirante, como si la sal del mar hubiese hecho su trabajo sobre mi piel. Pero en Bolivia no hay mares. El mar lo traía adentro y me había desbordado. Al llegar escribí un texto sobre la experiencia de ese viaje: "En la tierra en que se cultiva la sagrada hoja de coca, el cielo no se besa con el mar en la línea del horizonte. Lo ocupa todo; es el horizonte mismo haciéndose infinito en su presencia." Pienso que quizás sin esa experiencia, que me transformó, me hubiera costado comprender el silencio de Camila. Me hubiera apresurado a juzgarla. El relato que escribí en aquella oportunidad finalizaba con una especie de invocación: "De arcoíris están hechos los aguayos y los caminos. Ella los recorre mientras se va despojando de ciudades y llanuras, y va dejando un luminoso rastro de arena en esa tierra crespada sin ruido de mar. Sentada sobre una roca, contempla el lago y garabatea las últimas líneas antes de enmudecer por lo que reste del viaje: Tanta palabra para aprender la música del cielo. Tanta palabra para inspirar el silencio." Aun así Camila habla, decide ser entrevistada por Rosa. Rompe el silencio con el silencio.

Vivo en un cuarto de pensión. Tengo veinte años. Trabajo vendiendo ropa y con eso salgo adelante. Quiero otro trabajo pero sin documentos es difícil. Trabajo doce horas y me pagan 95 pesos al día. Mi novio es de Bolivia igual que yo. Me descuidé. Me cuido con los días pero me equivoqué. Empecé a tener asco, náuseas, mareos. No me venía. No estaba preparada para tener otro hijo. Mi hijo está con mi mamá en Bolivia, tiene dos años y medio. Una amiga de acá me dijo que había abortado una vez, con ustedes. Le dije si me favorecería en darme el número por si algo me pasaba. Se lo pedí cuando me pasó. Sentí nervios cuando llamé, pensé que iban a reñirme. Y no, sólo estaba preocupada por lo que me iba a pasar. Cuando las usé lloré porque no quise hacerlo. Me dolió lo que hice. Pero tenía que hacerlo porque no estaba preparada. Nadie se enteró. Solo las usé. A mi novio tampoco le conté. Pero luego se enteró, porque ya está, ya lo hice. Dijo que estaba bien, que no nos conocíamos muy bien, que era muy pronto para tener un hijo. Ese día sólo me volví débil, lo que menos me importaba era si me dolía o no. Me debilitó porque boté harta sangre. Tuve miedo de ir sola, por eso no fui al hospital, tuve miedo a que los doctores se enteren de lo que estaba haciendo. Yo había abortado en Bolivia una vez. Tenía dieciocho años, pero no sé si fue aborto o retraso porque en la farmacia me pusieron una inyección y me vino normal. No hubiera querido que me pase. Yo sé que me va a doler mucho toda la vida. No hubiese querido que sufrá, capaz que algún día con él ni estemos juntos. Hubiera estado sola y con un hijo más. No hubiese querido que suceda eso. Uno más. Con mi hijo siempre sola, nunca me junté ni me concubiné. Siempre sola estudiando y con mi hijo con mi mamá cuando estaba en Bolivia. Voy a ir al control ahora, allí me trataron bien, me pusieron el DIU. Está bien eso, no está bien sentirse mal si abortás. Hay mujeres que quedan embarazadas seguido seguido y tienen muchos hijos y no saben cómo mantener. Allá no me cuidaba porque no tenía novio y no tenía relaciones sexuales. Y si me enamoraba era enamorar ¿pero vas a tener relaciones sexuales?, no. Quiero salir adelante acá en Neuquén y trabajar por mi hijo para que no le falte nada. Salir adelante, mejorar mi modo de vivir, que no nos falte nada, ni a mí ni a mi hijo. Salir adelante. Eso quiero.



Es necesario retomar, insistir pero sin forzar. Rosa charla con Camila, la escucha. Lo que aparece aquí como monólogo es un artilugio que me permito para comprender el silencio, pero sobre todo para comprender la decisión de romperlo. Cada oración es una respuesta a una pregunta concreta. Así como ante la presencia de un poema Adrienne Rich en "Artes de lo posible" plantea la ruptura de un silencio que existe, así también para cada frase de Camila valen las mismas preguntas: "¿Qué tipo de voz está rompiendo el silencio, y qué tipo de silencio se está rompiendo?"

No sé qué decir. Urge aprender a escuchar.

•

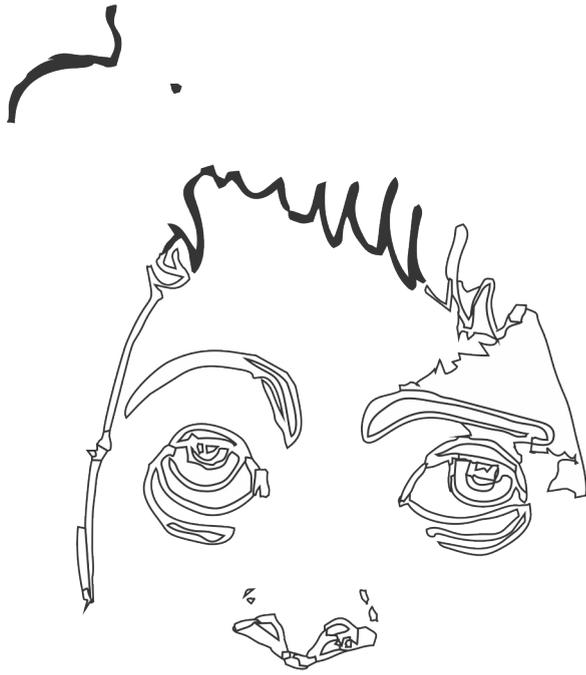


Contar o no contar, eso lo decido yo



La charla transcurre sin sobresaltos. El mozo sirve un café para Mariela. Rosa pidió un agua mineral. Ambas están relajadas y sonrían. Ambas sienten esa especie de mínima satisfacción que se obtiene cuando algo se hace bien, cuando lo que se hace concuerda con lo que se piensa, lo que se siente. Mariela abortó con misoprostol. Rosa la acompañó. Las dos están convencidas de que es una decisión personal. Hablan en un bar sobre ese aborto. Es el mismo bar en el que unas cuantas Rosas socorristas se reúnen una vez por semana con varias mujeres que necesitan información para abortar. Es ese mismo bar en el que el mozo sólo sirve un par de aguas por aquí y por allá en una mesa de más de diez mujeres. Deja las botellas como pidiendo disculpas, como si en verdad supiera que allí se tejen tramas decisivas y se va sin decir nada. Sólo vuelve si es llamado con insistencia. En ese bar se habla de aborto a menudo. Tal vez el mozo tenga una novia, una amante, una hermana, la madre, la sobrina, la tía, que abortó acompañada por Rosa y ni se lo imagina. Tal vez sí, por eso es una presencia siempre cómplice y cálida.

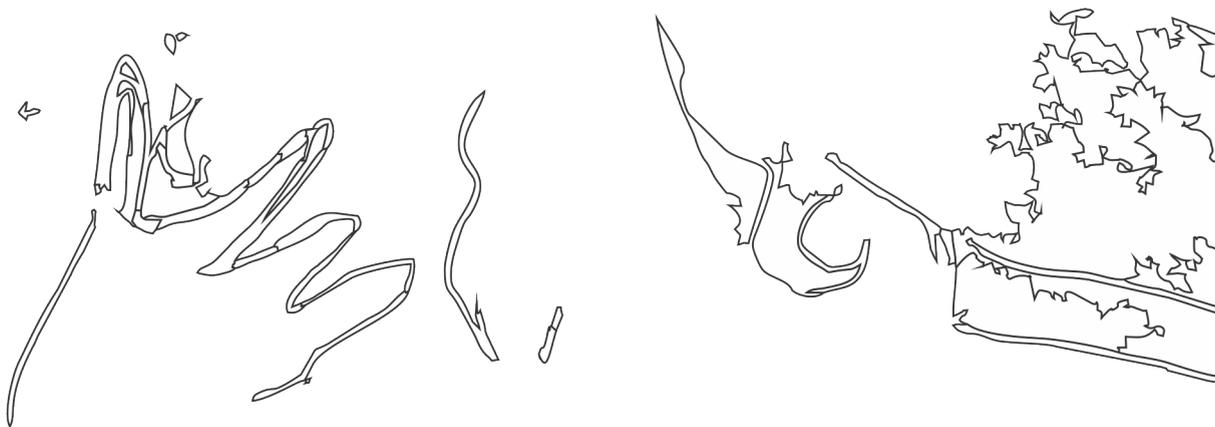
Rosa enciende el grabador y estimula a Mariela a que cuente lo que quiera. Sobre sí misma, sobre su experiencia de abortar. Mariela tiene las manos relajadas sobre la mesa, cada tanto toma un sorbito de café y no es consciente de que repite dos o tres veces "sí" o "no" cuando le preguntan algo, antes de contestar. Es psicóloga y tiene treinta años.



La decisión

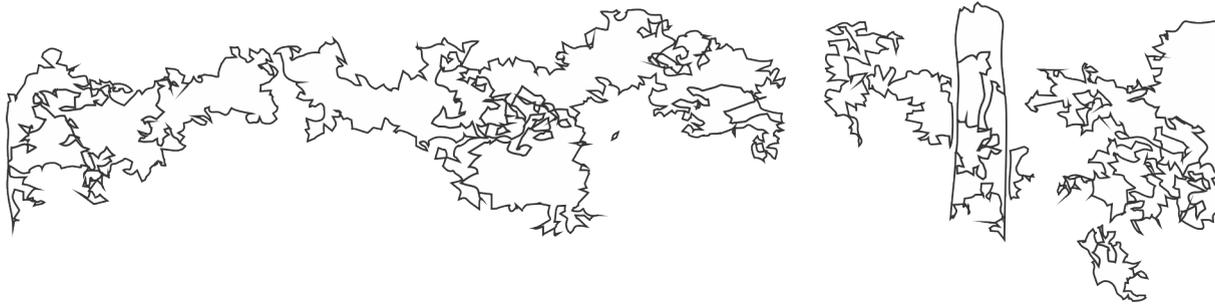
Una está para escuchar y acá estoy ahora, hablando. Sintiendo que esas cosas que les pasan a otros en este caso me pasaron a mí y fue estar en ese lugar de dolor o duda que reconozco en otros. Siento que hace a cómo lo viví mi identidad de psicóloga. Bueno, estoy en una relación esporádica con un chico que conozco desde hace un año. No somos pareja pero tengo una linda relación de amistad y de ser compañeros. Supongo yo que fue un accidente lo que nos pasó. Se nos rompió el preservativo y no funcionó la pastilla del día después que me tomé. Hasta acá nunca usé otro método que no fuera el preservativo. Ahora estoy evaluando tomar pastillas. A la semana de atraso me hice un test de embarazo. Qué susto cuando vi las dos rayitas. Tuve miedo y sentí una gran ansiedad. Una sensación como de despersonalización casi. Tengo amigas que son madres o que están embarazadas ahora y vivo la maternidad a través de esas experiencias y el escucharlas acentúa mi decisión de no serlo. No es parte de mi proyecto de vida en este momento. Y al estar viviendo esa situación sentí que no era para mí. Por un lado sentí con fuerza que no era mi deseo ser madre y por otro la culpa por haberme expuesto a una situación de descuido. Cuando confirmé el embarazo la llamé a Lorena, una amiga. Ella me contó de ustedes, que tenía posibilidad de usar pastillas y me dio el número. Sentí casi inmediato alivio.





La llamada

Todavía no deja de sorprenderme la rapidez con la que actuaron. Me acuerdo que vos incluso te disculpaste porque ese día no nos podíamos ver. Fue un enorme alivio saber que pronto nos encontraríamos, que había una solución. Yo ya me imaginaba otro circuito, otra cosa más oculta y me daba miedo y ansiedad pensarlo. Las conocía a ustedes pero no tenía idea que acompañaban a mujeres a abortar. Las conocía por defender a las mujeres en situaciones de abuso. Por eso y por los escraches.



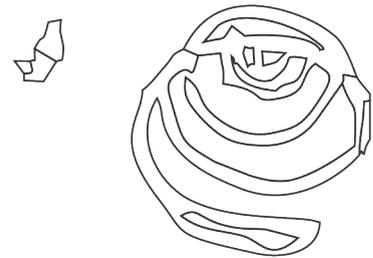
La solución

Después de hablar con ustedes sentí que tenía la solución, que sólo era cuestión de encontrar el día. ¿Cuándo hacerlo? Ya me proyectaba en hacer otras cosas, tenía otras actividades, un encuentro deportivo del que quería participar. Estaba conectándome con mis propios proyectos en realidad. Lo planificaba en función de eso y quizás eso hizo que no tuviera necesidad de contarle a nadie más. Estaba realmente tranquila, no tenía dudas acerca del método y quizás lo que no preví fue lo que sí ocurrió en el momento. Fue doloroso, me sentí mal físicamente. Ahí sí pensé que hubiera sido bueno estar con alguien, que alguien me acompañara en mi casa. Quizás con este chico con el que me pasó. Pero no le conté hasta después de haber abortado. Ni a él ni a mi familia.

Contarlo

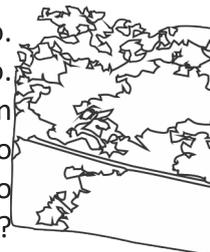
A los dos días de hacerlo hablé con mi mamá, con mi hermano más chico, con mi hermana que es médica, con otra amiga y con este chico también. A él no le gustó nada que no le contara, me dijo que yo sabía cómo pensaba él acerca de estos temas. Pero a pesar de saber que él estaba a favor del aborto, otra cosa es que le pase a una y que una esté en esa situación. A mí me parecía que había sido algo mío. Pero cuando estuve mal pensé que hubiera sido buena la compañía de él y que además también él era responsable. De todos modos me gustó mucho que me dijera eso, que no asumiera una actitud sumisa, me gustó que se pudiera enojar conmigo, vi enojo y preocupación también. Él me estaba planteando su malestar por no haber podido estar. Fue lindo saber que puedo contar con él. De todos modos es una decisión mía contarlo. Sigo pensando lo mismo.

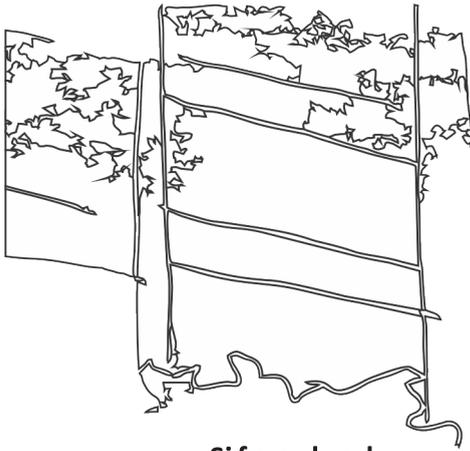
Todos de alguna manera tuvieron la misma actitud: "¿Por qué no me lo contaste?" No lo creí necesario en ese momento. Quizás la culpa funcionó ahí. Lo bueno es que ahora sé que puedo contar con mis afectos desde este lugar que ahora se me revela.



El certificado

A los tres días empiezo a sentir fuertes dolores abdominales. Tenía que faltar al trabajo. Entonces le dije a mi mamá que me acompañe al hospital. Nos atendió una chica. Le conté todo. Ella me dejó en claro que no estaba de acuerdo con esos métodos y con que sea una decisión personal, así que hizo un certificado que decía "reposo por 48 hs. por aborto provocado incompleto". Me lo dio con otros papeles y cuando estábamos afuera lo leo y me vuelvo enseguida para decirle que no podía presentar eso en mi trabajo. ¿Vos sabés lo que me dijo? ¡Que ella no mentía en los diagnósticos! ¡Ay qué bronca me agarró! No le estaba pidiendo que mintiera, le estaba pidiendo que fuera un poco más humana. ¿Sabés lo que hizo? Un certificado de "asistencia a guardia" en donde sólo constaba la hora y sin indicación de reposo. Lo presenté igual en el trabajo. De todos modos fui a TeA al viernes siguiente. Y ahí fue otra cosa. El trato, la actitud abierta y la pregunta por cómo me iba a cuidar de ahora en más. Eso me pareció importantísimo. Esa referencia al cuidado y las opciones que tenemos. Ese momento fue determinante para pensar porqué me había pasado esto y también para que no me vuelva a pasar.

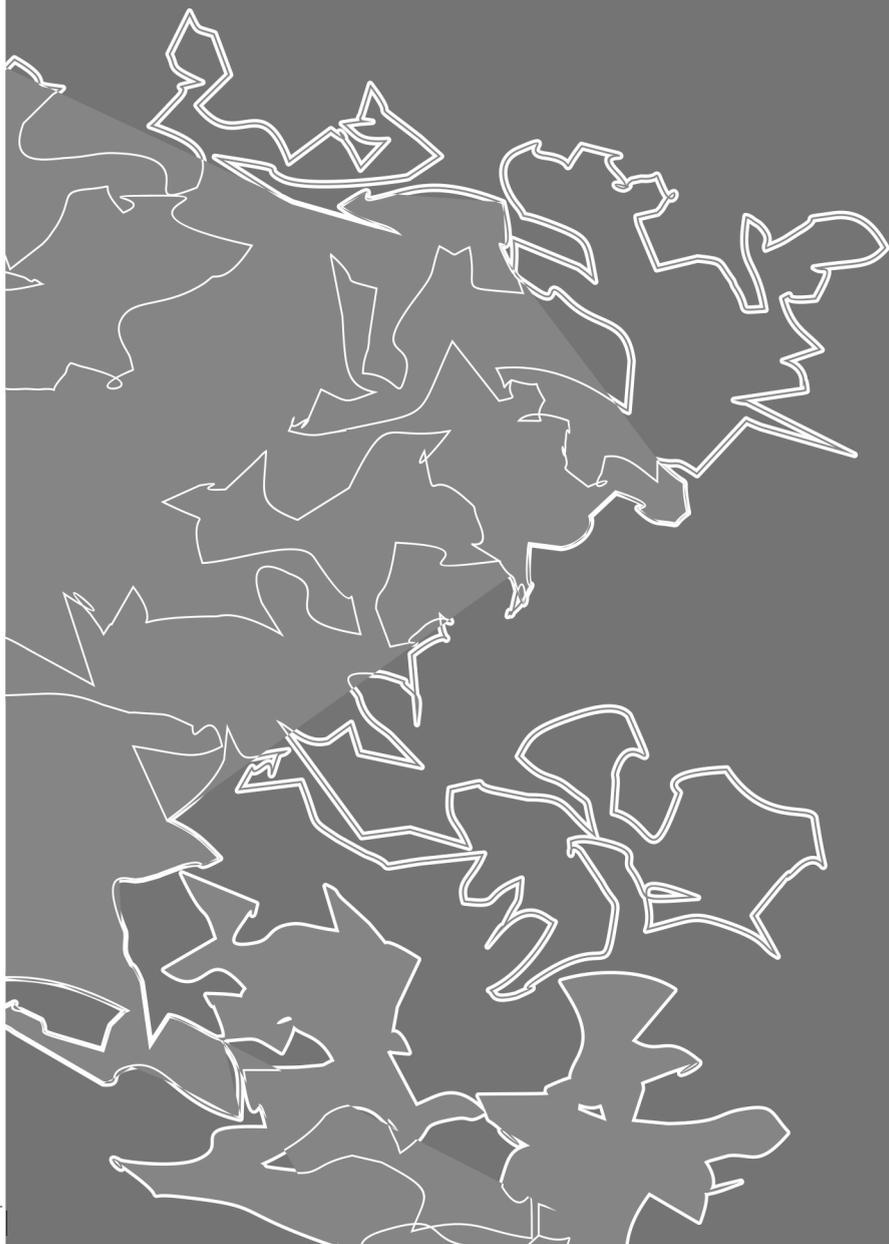




Si fuera legal

La situación de las mujeres que están atravesando por un embarazo no deseado cambiaría muchísimo si el aborto fuera legal. No deja de asombrarme que teniendo acceso a información yo no sabía de este método. No viví esto como una experiencia traumática, en ese sentido me siento privilegiada. Creo que así sería si fuera legal. Pasar por esta situación de esta manera me hizo pensar en lo que quiero y también en la maternidad desde otro lugar. Me pude conectar con lo que me estaba pasando como una cosa más de la vida y pude compartirlo, tuve ganas de compartirlo. Pude hablar con las personas con las que quise hablar luego. Dio lugar a charlas muy buenas con mi vieja, con mi hermana, con mi hermano, con este chico. Creo que hubiera sido otra historia, otro relato si hubiera recorrido otro camino, el que muchas siguen recorriendo. Quizás lo seguiría viviendo con culpa. Por eso estoy tan agradecida. Pasar por la situación de aborto de esta manera me provoca una sensación de alivio y de reconectarme con la vida. De saber que esto no fue un antes y un después y que no torció mi vida en las cosas que quiero hacer por un accidente o por un descuido, ¿entendés?





**Conoscere
adentro**

—Dale Lucre, hagamos algo afuera. Vamos al río. A tomar algo al río con tus hijos. Nos sentamos ahí en el pastito, charlamos, miramos el cielo. Qué sé yo, algo.
—No sé, no sé. Ya te dije. Es difícil. Quisiera pero no sé. Dejáme que lo piense. Vos ya sabés cómo es esto y yo no sé si quiero mezclar todo. No sé.

Él me dijo que yo no era para ese lugar y me dijo que yo no era como las otras chicas. Y esa manera que tenía de mirarme y de mirarme y de quedarse mirándome así horas. Claro que él ya había pagado por estar conmigo y yo tenía que hablar con él sí o sí. Y bueno, nos pusimos a charlar y le conté mis problemas y él los suyos. Yo pensé que no volvería más, pero siguió volviendo. Empezamos una amistad, una conversación muy linda, muy linda. Era tan lindo en el medio de todo eso que yo no lo creía. Bailábamos y tomábamos pero nada más. Él no quería nada más y pagaba para estar conmigo horas. Me hacía sentir mal, se gastaba todo el sueldo para estar conmigo hablando, para que yo no estuviera con otros. Él se enamoró y quería sacarme de ese lugar. Yo nunca le creí. Fueron muchos los que me dijeron lo mismo. Pero el volvía y volvía y me demostró mucho ahí adentro entonces le dije que sí. Un día le dije que sí y fuimos con él y mis hijos al río, una tarde. Pero no seguí. Lo alejé, tuve miedo. Yo con todos mis problemas y mis hijos y mi vida. Lo corrí.

—Te estás gastando tanto en mí y yo no te puedo ofrecer nada.

Era como estar abusando de él.

—

¿Cuántas veces sentí el abuso en mi piel? ¿Cuántas? Perdí la cuenta. A los once me fui de mi casa, mi madre no tenía qué ofrecirme. Éramos siete hermanos. A los dieciocho ya sabía lo que era la cárcel, el loquero, la droga, ser madre, la pobreza. Ser madre. Tengo tres hijos. Tengo veintiséis años. Nada para darles. ¿Qué les doy? ¿Una casilla de chapa y sin baño?

Roberto no podía saber nada. No se tenía que enterar que era de un cliente. Me arrepiento del día que lo dejé entrar otra vez en mi vida. Ya me había acomodado. Había logrado estar bien, darles algo a mis hijos. ¿Para qué se iba a gastar buscando un trabajo si total con lo que yo traía alcanzaba? No hacía nada. Nada. Salía a mechar no más. Y ni eso. Hasta eso dejó de hacer y encima no reconoció nunca lo que hice por mis hijos. Me torturaba. Que a mí me gustaba la pija y que por eso iba y que por eso lo hacía. Y que yo lo cagaba con un montón de tipos. Todas incoherencias. Mis hijos tuvieron un baño, una buena educación, y él nada. Yo siempre del trabajo a casa. Jamás salí a bailar, ni drogas, nada. Es él la manzana podrida de esta casa.

En el bulo hay una entrada como un living, después están las piecitas, después una especie de barcito y al final la cocina. Ahí solamente entramos las chicas y la dueña nada más. Yo me sentía tranquila, porque hay cámaras en todos lados. Me daba seguridad, porque pensaba que no me iba a pasar nada. Aunque al principio fue una tortura ese lugar. Veintidós años tenía y había mujeres grandes, en su mayoría dominicanas. Fue horrible, siempre queriendo competir, amarguras, peleas, robos. Me sacaban lo que podían. Y después los clientes. No sabía ni cómo los tenía que tratar al principio, nada, sola, sola y yo trabajaba hasta las once de la mañana y era la única que trabajaba hasta esa hora, porque nadie me decía ya está, ni la dueña, ni nadie. Este es tu horario, hasta acá, nada. Mientras había clientes había que seguir atendiéndolos. Yo me destruía ahí. Era feo, tenía que tomar y tenía que aceptar lo que viniera. No se elige ahí adentro. Pendejo, viejo, borracho, drogado, limpio, sucio, como esté, tenía que hacerlo igual. Por un precio que es poco y nada porque es la mitad para la dueña y la mitad para vos. Lo único que rescataba es que no estaba en la calle. Y darles algo a mis hijos. Nada más.

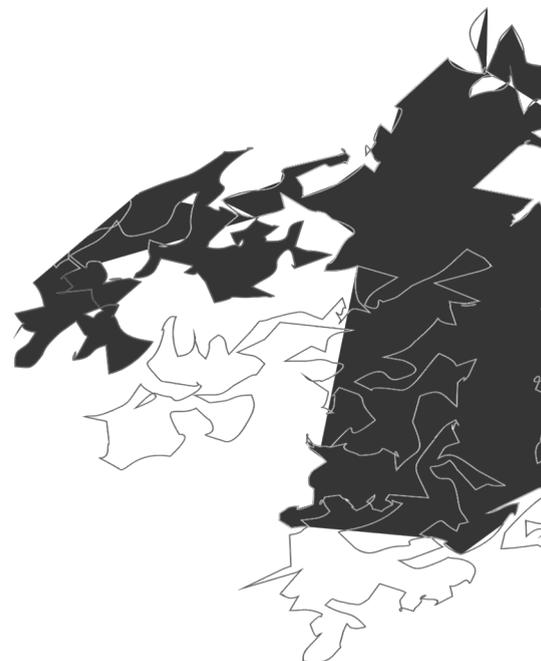
Nunca supo que quedé embarazada de él. Luego de la salida al río con mis hijos, estuvimos juntos. No supo porque no tenía nada que saber. Marcos se llama, creo que no lo dije. Además siempre estuve enamorada de Roberto, el padre de mis hijos. Me costaba estar con otra persona que no fuera él. Y aunque Marcos me demostró mucho, haberlo conocido ahí adentro, no me daba seguridad. No era algo lindo. Algo como decir a partir de acá arranco mi vida. No. No, porque lo conocí ahí adentro y no. Nunca supo y no pude seguir con él. Me alejé. Cuando me fui del bulo me alejé de él también. Ahí adentro no sabés cuándo es de día, de noche, hora, fecha. Te perdés. Si alguien me hubiera preguntado no sabía ni en qué día vivía ni que había hecho durante el día. Mientras trabajaba tuve pérdidas. Dos meses estuve así y me di cuenta que había quedado embarazada porque pasó un mes más y yo estaba más hinchada. Y era de él porque no me cuidé. Entonces hablé con la psicóloga que me atiende en el hospital por mi depresión desde antes de lo del bulo, porque yo me quise matar. Estuve internada por eso, pero eso es otra historia, o la misma, no sé. Lo que sé es que le dije: si lo tengo que abortar, necesito abortarlo ya. En ese momento no tenía un peso así que ella me ayudó. Y me contactó con ustedes.

Catorce semanas. A Lucrecia no le cuesta narrar el horror. No me refiero al aborto, no, aunque para ella haya sido "como un parto". Me refiero a algo de otro orden que a mí me cuesta poner en palabras. Pero las palabras están ahí. Esta vez sí. Con puntos y comas y exclamaciones y sin concesiones. Aun así me duele imaginar la realidad que encarnan desde mi cómoda vida de clase media, desde el acceso a los privilegios que esa clase me otorga. Esta fue una de las primeras entrevistas que leí, sin embargo es una de las últimas a las que pude hacerle lugar, a las que pude enfrentarme en la escritura. A pesar de haber pasado por una experiencia que podría "unirnos", la de abortar, no hay en nuestras vidas puntos de encuentro reales. Me siento responsable del horror, sin serlo, al menos no directamente. ¿Por cuántas instituciones pasó Lucrecia? ¿Qué le dieron esas instituciones sino expulsarla, confinarla a la soledad? ¿La familia, la escuela, los centros de salud, la cárcel hicieron algo más que empujarla a lo que ella define como "depresión"? ¿Quién dejó que no pasara de tercer grado de escolarización? ¿Quién hizo posible que la única salida fuera la prostitución, a la que ella misma define como trabajo pero a la vez como lo único que tenía a mano para ganar dinero rápidamente? No es algo que haya disfrutado. Eso se desprende de sus palabras, no de las mías. A las tres de la mañana de ese día —luego de encontrarse con las socorristas— tomó las pastillas, en su casa, con sus hijos durmiendo al lado, con Roberto, su pareja, en la misma cama. Los dolores fueron intensos. Tuvo que ir al hospital. Pero antes dejó el feto en una bolsa adentro de un balde debajo de la cama. Roberto supo, se enteró porque la vinieron a buscar con una ambulancia al día siguiente. Ella le dijo que se hiciera cargo de lo que había debajo de la cama. Que lo enterrara. Cuando Lucrecia regresó a su casa luego de la internación encontró todo como lo había dejado. Y un "me olvidé" por parte de Roberto. Y nosotrxs ¿de qué nos estaremos olvidando?

A los dos días fue lo peor. Los pechos llenos de leche. Estaba todo el día en la cama. Me sentía horrible y él que me ayudaba a sentirme más perra. Me decía: "¿qué te hacés la sufrida, la víctima, si así como abortaste ese guacho andá a saber cuántos guachos abortaste mientras estuviste laburando?, ¿andá a saber cuántos guachos de Marcos abortaste?" Y yo me consumía y le decía tenés razón, tenés razón. Pasó el tiempo y ya no estoy con Roberto. Ahora sé que haber abortado hizo que no me matara yo, que no volviera a intentar suicidarme. Me ayudaron, porque por lo menos, ahora estoy de pie.

Ahora está de pie.

¿Pretenderemos olvidarnos?





Yo aborté a los dieciocho años cuando no sabía lo que era abortar. De esto hace casi 20 años. Lo hice en una clínica clandestina con las seguridades que me permitía mi clase social, con anestesia y "buenos tratos" que de todos modos no sirvieron para que me tratara bien a mí misma. Recién pude darle palabras a mi decisión unos cuantos años después feminismo mediante, mejor dicho, con feministas de carne y hueso y voces fuertes mediante. Yo aborté y aborto y lucho por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito cuando acompaño a otras a abortar, cuando escribo sobre el aborto en varias de las contratapas del suplemento Rosario 12 del diario Página 12. Yo devine abortera socorrista feminista, orgullosa lo digo, orgullosa acciono, junto a otras y otrxs. Orgullosa porque siempre es colectiva la salida del closet de las prácticas condenadas a lo privado, a lo escondido. Orgullosa cuando le arrancamos al heteropatriarcado, con cada una de nuestras prácticas micro-revolucionarias, el poder que ejerce con sus instituciones sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas. Orgullosa cuando nos dicen las acompañadas/socorridas desde este feminismo que habitamos: "gracias por lo que hacen" o "yo me sumo a lo que están haciendo" o "son unas genias" o "te cargué crédito otra vez, ¿te llegó?" o "¿quieren que a la próxima socorrida le cuente lo que va a sentir?". Yo aborto todos los días en este país junto a todas las que abortan en silencio y a viva voz. Me pregunto —a riesgo de que sea mera retórica— qué esperan las y los muchachos del Congreso para legalizar en el papel lo que ya es legal en la práctica. Las mujeres dictan su propia ley abortando cada día en este país, incluso poniendo en riesgo sus vidas. Queremos, quiero un país, un mundo, donde cada hija/o/e sea buscada/o/e.



Esta vez te toca a vos

Poner el cuerpo. En cada relato aparece de una u otra manera la frase "poner el cuerpo", o "el cuerpo lo pongo yo", o "pasa por mi cuerpo". Es una obviedad decir que el aborto pasa por el cuerpo, pero es una obviedad que insiste. Ese cuerpo que se pone, es un cuerpo situado, relacional, atravesado por mandatos y pautas culturales; "puesto", instalado, orientado a la situación de abortar. Es un cuerpo vivo, que late, siente, piensa, tiene autonomía, construye, sueña, imagina. Crea. Un cuerpo que aborta también es un cuerpo que crea porque establece otros vínculos con el entorno, porque pone a circular otro discurso sobre la sexualidad. Irrumpe en los escenarios de lo privado y de lo público generando incomodidades varias. Dice concretamente que *aquí y ahora* está clausurando lo que se espera de él. Es, en definitiva, un cuerpo negado a la maternidad compulsiva, obligatoria.

Bela está sentada en uno de los pupitres del aula que da al patio. El Instituto del Profesorado la recibe otro año, quiere ser maestra. Mira por la ventana cómo la luz de la tarde de finales de marzo va deslizándose sobre los escasos árboles. Hasta hace poco esas sombras se dilataban en llegar al suelo, retenidas por el sol. Absorta en el paisaje y con el pensamiento puesto en el último acompañamiento, no percibe la presencia de la nueva profesora. De pronto escucha una voz que le resulta familiar, los murmullos cesan y la profesora se presenta. La mira y se asusta. Los ojos de ambas se abren perplejos. Por un segundo las dos quedan detenidas en una tensión de miradas. Se reconocen. Bela vuelve a observar los árboles pero ya no obtiene la misma calma. Durante dos horas la clase va y viene en torno a lo que será el contenido de la materia durante el año. La educación es el tema. Bela se pregunta si lo que sabe no tensiona y descoloca eso que llaman vínculo docente-alumno. En cualquier caso intuye que ese saber produce fisuras y que es algo de lo que tienen que hablar.

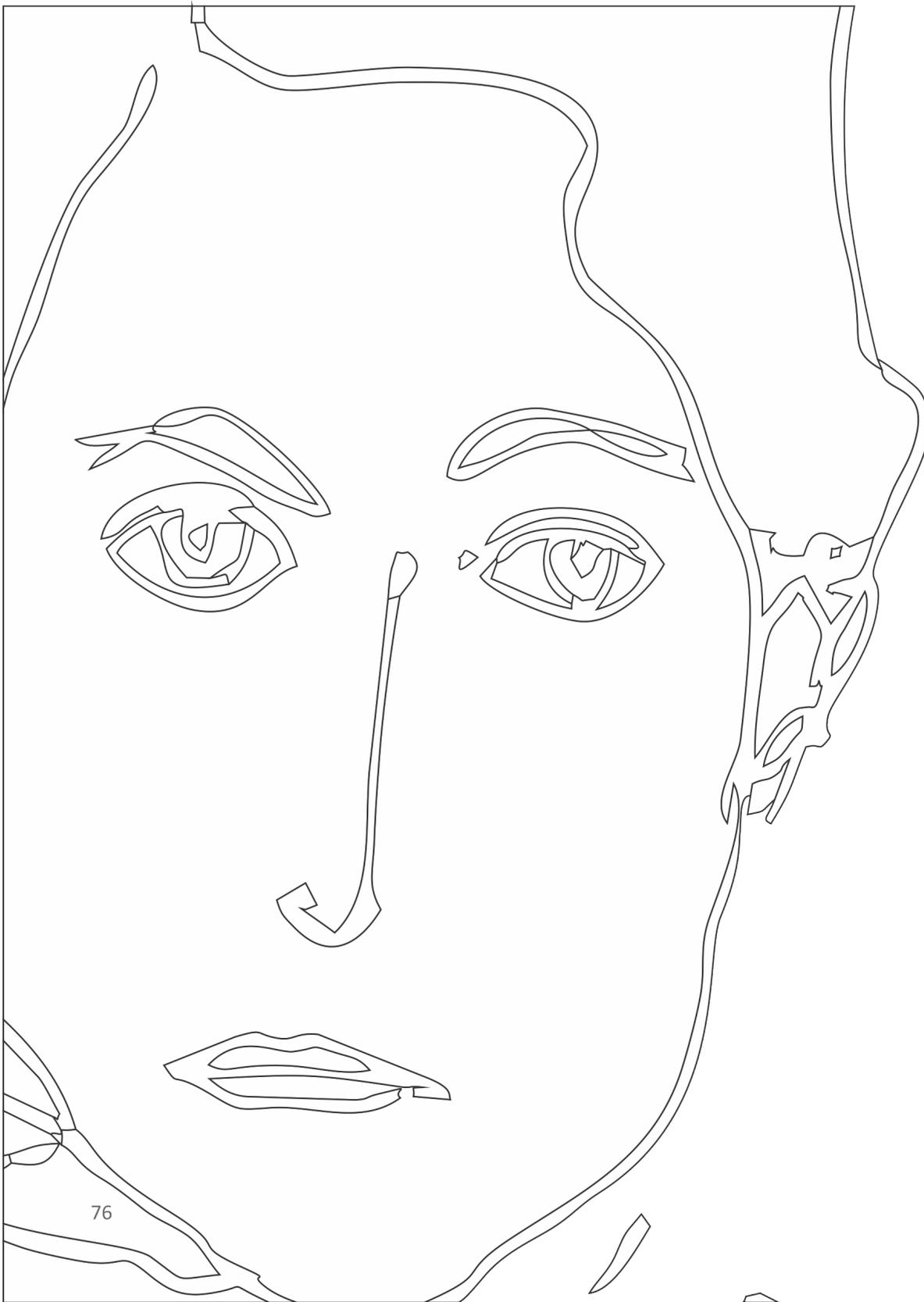
Al salir de la clase Mabel respira. ¿Qué pensará Bela? ¿Cómo manejar la situación? Tienen que hablar. Bela la acompañó a abortar hace veinte días y ahora está ahí, es su alumna y sabe que abortó. Está inquieta y a la vez sabe que algo se manifiesta en la incomodidad. Algo que tiene que ver con los saberes, justamente. Y con el poder.

No sé cómo se sintió ella pero está todo bien. Fue un impacto para las dos, no sé por qué nos sentimos mal. Me ayudó, me orientó, me guió. Sabía algo de mí que el resto de mis alumnas no sabía. Quizás fue eso. En el conocimiento todos podemos enriquecernos del otro. Ella tenía información que yo no. Ninguno es más o menos. En ese sentido yo no me sentí invadida. Aprendí. Me sentí acompañada y orientada. Sí, acompañada y orientada por una alumna. ¿No es maravilloso?

Era mi profesora y yo sabía algo. Me impactó mucho verla ahí. ¡Yo acompañé a hacer un aborto a mi profesora! Bueno, pasaron un par de meses y pudimos charlar. Y fue sano. Durante el año tuvimos una relación que nos enriqueció a ambas. Nos fuimos relajando las dos. Sentí que ambas aprendimos otro modo de afectarnos.

Mabel tiene dos hijos. Cuando se entera que está embarazada habla con su pareja. Ella está decidida, él tiene dudas. Sin embargo abortan. Él la acompaña a pesar de su historia familiar católica y sus dudas. La acompaña en todo, incluso va más allá. Mabel accede al teléfono rosa por una amiga y coordina un encuentro con Bela. Siente vergüenza por no saber, con 39 años y dos hijos, siente vergüenza. Luego alivio.

Ahí, mientras esperaba el turno en TeA, había otras mujeres más jóvenes, estaban solas. Algunas estaban con las mamás. Y comentaban así por lo bajo que el novio se había borrado o que el marido se había enojado con la decisión que había tomado. Era un susurro. Cuando pasaba alguien nos callábamos y luego seguíamos comentando en voz baja. Pienso que sigue funcionándonos la vergüenza y la culpa. Por ejemplo en los comentarios de familiares o amigos tales como "no sos madre si tenés un aborto" o "qué tipo de mujer sos si interrumpís un embarazo".



¿Parir nos hace ser madres?

¿Ser madres nos hace ser mujeres?

¿Qué significa ser mujer?

Después del aborto comenzamos a hablar acerca de cómo prevenir otro embarazo. Ahí le dije que en algún momento el DIU no había funcionado, que me había dejado una infección, que no estaba dispuesta a la ligarme las trompas. Le dije "mirá, el cuerpo lo puse yo para los embarazos, para las menstruaciones y para el aborto. Para muchas cosas, esta vez de toca a vos." Entonces charlamos sobre la posibilidad de que se haga una vasectomía. Hablamos sobre lo que significa tener hijos. El cree que más allá de que yo esté o no en su vida, la crianza de un hijo implica proceso y acompañamiento, que eso ya lo estábamos haciendo y que no traería otro hijo al mundo. Por supuesto que tuvo miedos, más vinculados a la sexualidad. Pero fue a un especialista solo y vino con la fecha para la vasectomía y... ¡se hizo la vasectomía! El comentario de él cuando viajamos al norte a visitar a su familia y amigos fue sobre la vasectomía, no sobre el aborto. Recibió cargadas y por supuesto las recibí yo: que era una bruja, la mala de la película, que él me quiere tanto que por eso accedió. A mí me hizo feliz que él haya accedido a algo así, porque pudo romper con los mitos sobre el tema, permitió que pase algo por su cuerpo. Se lo permitió.

Mabel se piensa en relación a los espacios que habita. No en relación a la edad. Cree que abortar es una decisión más fácil de tomar en determinados contextos. Que no tiene que ver con una cuestión de edad. La libertad y el grado de autonomía en relación al tema están íntimamente relacionados con la posibilidad de hablar de esto. Para ella no es lo mismo Neuquén que el norte de Argentina. Acceder a las pastillas significó seguridad.

Yo no recurrí a ningún médico. ¿Qué te puede asegurar un médico? No es cualquier agrupación la que orienta, es una que cuida a las mujeres. Siento que no es ilegal lo que hice, con ellas me sentí orientada, cuidada, guiada. Ahora me animo a hablar del tema, incluso hablo con mis alumnas, con ciertas precauciones todavía, pero hablo.

Hablar del tema, nombrar la palabra aborto. Decir que nos hacemos abortos. Bela la escucha a Mabel y se emociona. Ambas se emocionan y se abrazan en el mismo Instituto en el que fueron hasta hace poco profesora y estudiante. Ahora hablan de los abortos: socorrida-socorrista / profesora-alumna. ¡Qué manera de revolver la relación enseñanza-aprendizaje! Ahí están ahora, contando esta historia a las fotografías del proyecto "11 semanas, 23 horas, 59 minutos. Aborto clandestino en Argentina." A nosotrxs también nos la cuentan.

Sigo aprendiendo. Toda la vida sigo aprendiendo. Me toca a mí, también.







¿A favor de qué vida estás?

—Mirá querida yo estoy a favor de la vida. No te puedo ayudar. Tenélo y lo das en adopción.

—Vos que sabés si yo no soy una mina depresiva y me decís así muy campante que no me podés ayudar. Y si me pego un tiro ¿eh? ¿A favor de qué vida estás? ¿En serio sos médica vos?

La que habla es Sonia. Es estudiante del Profesorado para chicos especiales, como dice ella. Tiene veintitrés años y está embarazada de una relación ocasional. Lo que más le dolió fue escuchar a esa ginecóloga que diera en adopción algo que ella ni pensaba como posible, le dolió mucho más que ver las dos rayitas del positivo en el test de embarazo.

—No te hagas problema, esto la vamos a solucionar, no me pagues la consulta. ¿Vos usás internet?

—Sí, claro.

—Bueno, mirá hay una página...

El ginecólogo saca su computadora y googlea "La Revuelta". Escribe en una de las hojas de su recetario el número del Socorro Rosa, le dice a Sonia que ellas saben más que él de esto. Y que vuelva para hacerse controles si hace falta, o que cuente con él para lo que necesite.

Lo que necesita Sonia es eso: alguien en quien confiar.

En mi casa todo tiene que ser perfecto. Ponerme de novia con el novio perfecto. Ser la mujer fiel al novio que tengo, en lo posible callarme la boca y adaptarme a todo. No generar conflictos con el novio perfecto. Acá estoy, infiel, abortando de esa infidelidad. La rebelde de la familia ¿no? Y mi mamá diciéndome que cómo, que tenélo, que nosotros te lo cuidamos... ¡¿Nosotros te lo cuidamos?!

—Vos sabés lo que yo pienso, si te quedaste embarazada, ahora hacéte cargo.

—A ver, vos sos mi amiga o qué. Yo no estoy hablando con vos para ver quién está a favor y quién está en contra. Yo estoy hablando con vos porque te estoy pidiendo ayuda, porque mi decisión es no tenerlo, porque no lo busqué, porque tomé todas las medidas habidas y por haber para cuidarme y ya me ves. Y no, no lo voy a tener porque la sociedad me esté obligando a tenerlo. ¡Voy a hacer lo que quiera!

Es el día de hoy y no me habla. Mi mejor amiga no me habla. Divina...

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué te obligan? ¡¿Por qué?! Yo soy una mujer responsable. Me cuido. ¿Qué les hace pensar a médicos, parientes y demás que somos idiotas? ¿Qué?

¿Qué es lo peor que me puede llegar a pasar? Morirme. Bueno eso no va a pasar. No voy a usar perejil o agujas de tejer. Voy a usar pastillas. Tengo la solución.

Todas las mujeres deberían hacerse esta pregunta: "Si algún día me pasa, ¿qué hago?" Lo tenés, no lo tenés. Yo siempre dije: no lo voy a tener porque no es mi momento. ¿Por qué tengo que tener algo que no quiero?

—Vos las llamás y ellas te atienden y acuerdan un momento, un lugar para encontrarse y evalúan tu situación.

Mi psicóloga me dio el mismo número que el ginecólogo. Así que llamé.

—Yo no sé si vos estás a favor o en contra, si estás a favor buenísimo, si no hasta acá llega nuestra relación. Lo resuelvo y el día de mañana veremos.

—Bueno sí, yo te voy a acompañar pero no me escribas en estos...

—¡No! ¿Qué te dije? O me acompañás o no me acompañás. Me importa un pito tu novia y mi novio.

¿Quién apuesta más acá? ¿Quién pone su vida en riesgo? Eso piensa Sonia mientras mira la cara perpleja de su amante. "¿Hasta dónde se hace cargo junto conmigo?"

—Sonia, dale, vos podés. No te asustes, no tengas miedo. Hay mujeres que sienten las contracciones y hay mujeres que no.

—Zule, evidentemente yo sí las siento. ¡Y duelen!

Zule es una segunda mamá para Sonia. Era amiga de su padre. Cuando su padre murió y su madre se fue a Buenos Aires, ella quiso quedarse en Neuquén. Zule la aceptó en su casa. En aquel momento tenía dieciséis años. Ahora Sonia vive sola pero Zule la acompaña mientras aborta en su casa. La tranquiliza.

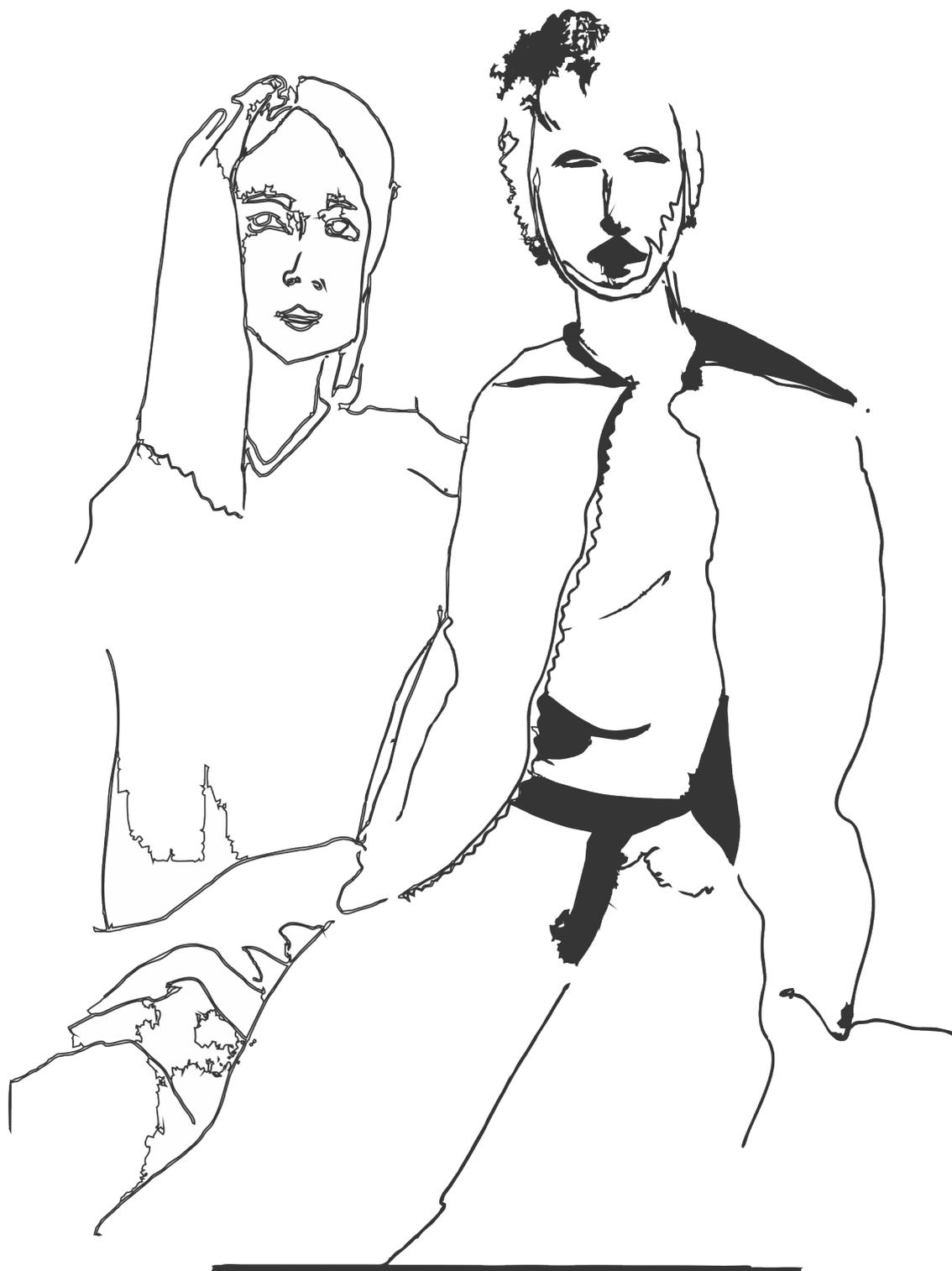
Tenía un cansancio... Me costó recuperarme de eso. Viajé con mi mamá a Buenos Aires después de abortar. Ella sabía y no fue capaz de preguntarme cómo me sentía. Ni eso. Y ahora estoy intranquila de tener relaciones. En realidad no siento deseos, no sé por qué pero no siento deseos. Estoy pensando en otra cosa.

Sonia piensa en otra cosa. Piensa que el aborto debe ser legal, que "el aborto tiene que ser como ir a depilarse". El cuerpo es el territorio propio. ¿Puede sorprender acaso la comparación? La clandestinidad y el secreto de la práctica del aborto construyen representaciones muy lejanas a lo que la práctica del aborto es en condiciones seguras. El aborto medicamentoso es seguro. Sonia lo hizo en su casa, acompañada por quien ella quiso, arrancándose la maternidad impuesta como si se estuviera arrancando pelos.

¿A favor de qué vida estamos?



Ser primeriza



–¡Boludo! Te juro que hay un libro, una especie de manual, sobre cómo hacerse un aborto con pastillas en casa, parece un libro de recetas de cocina con cosas maravillosas y qué sé yo.

–¿Dónde encontraste eso, Gina?

–En internet. Ahí me contacté con Las Revueltas, con el número que me habías pasado vos, por lo que te conté.

–¿Querés que hablemos de eso?

–Cuando vengas te cuento. Te espero con mates, hoy no trabajo.

Gina es alta, una sonrisa ancha le enciende el rostro joven. Camina con seguridad y soltura en ese cuerpo que le agrada, que cuida yendo al gimnasio todos los días. No parece que fuera madre de cuatro chicos. A los dieciséis tuvo a Sofía. Sofía tiene quince y a veces pasan por hermanas. Más de una vez se lo han preguntado. El parecido es notable. Por supuesto que Sofía se ofusca, aunque secretamente siente orgullo al caminar con su mamá por las calles de Neuquén. La mayoría de las madres de sus amigas no lucen tan jóvenes y vitales como la suya.

Hoy Gina se tomó el día en el trabajo. En ambos. La mayoría no conoce lo que hace además de ser camarera en un hotel. No es tan simple de contar, no cualquiera deja los prejuicios en la puerta. Por eso ama a Juan. Él es el único que la escucha y la entiende. "Lo que pasa que vos sos gay, no me querés para garchar", suele decirle sin pelos en la lengua. "Si me gustara un poquito así la concha, ¡la tuya sería la única que quisiera conocer querida!", le responde invariablemente Juan. "¡Es que tu problema es que no sabés si te gusta, si nunca probaste!" Ríen, como siempre.

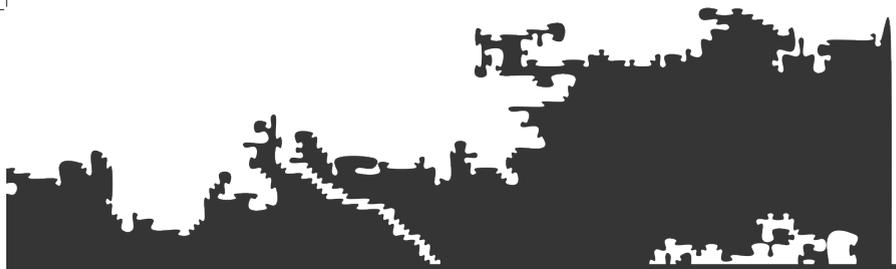
Enciende la hornalla y mientras espera a Juan, se acuerda de la tarde a orillas del Correntoso, ese fin de semana que se escaparon a Villa La Angostura. Le largó todo como si fuera una confesión. Él escuchó con los ojos puestos en la superficie quieta del lago, cada tanto una sombra le cruzaba por la frente. No dijo nada ahí. La abrazó. Ahí comenzaron a reírse.

Mirá Juan, trabajo como servicio de acompañante en una agencia. Lo tomo como un trabajo, cumplo mi horario, manejo cuánto cobro, con quién lo hago. Por lo general el servicio de media hora es convencional. El de una hora también. Ningún servicio incluye el anal. Pero si el cliente lo quiere lo arregla en la habitación con la señorita que toma el servicio. Es como un extra para ella eso. Hay pibas que hacen de todo porque necesitan la guita y los clientes las prefieren porque justamente hacen de todo por menos plata. Hay de todo en realidad, tenés de todo. Me ha tocado gente que te empieza a conocer y que le gusta que yo la escuche. Yo digo que tendría que tener colgados en la pared de mi casa cuadros enmarcados con todos los chiches y trofeos de Licenciatura en Psicología, en Abogacía, porque te enterás de cada cosa... Hay algunos que te pagan sólo para que los escuches y te dicen "Vos sos bárbara para guardar secretos". Sí, claro. Es mi trabajo. El trabajo de acompañante te lleva a hacer de todo. Te pasan cosas muy locas, muy raras. Como los tipos que tienen morbos, fetiches. Yo tenía uno que le gustaban las sandalias, los tacos finos. Una chica me decía que uno estaba loco y le compraba unos tacos agujas terribles, él se acostaba en el piso y la obligaba a caminarle con esos tacos encima del cuerpo y le pedía que le clavara el taco en la cara. Es lo mínimo que te puedo contar eso. Yo me imagino en la situación de la piba esa, yo con el doble de altura que tiene ella y arriba del tipo, ¡le dejo insertados los tacos en todo el cuerpo! Hay otros que te dicen "Si me ves, te pido por favor que no me saludes en la calle", yo soy ubicada pero a veces te los cruzás en el supermercado y por debajo te saludan con la manito. Yo digo que están locos. He pasado por momentos de más de catorce clientes por día, cuando empecé claro. Ya no, ahora elijo todo. Pero cuando necesitás trabajo lo hacés. Hay chicas que necesitan hacer plata y se bancan un montón de cosas. Se bancan regentes de mierda que después de que pasaron treinta hombres en el día te obligan a seguir trabajando y la piba te está diciendo "No porque me duele", imagináte, no sólo por la parte vaginal sino porque están cansadas, porque las ponen en tres millones de posiciones.... Somos humanas, todos nos cansamos. En algún momento tienen que descansar. Sí, hay de todo. Por suerte a mí nunca me trataron mal ni me obligaron a nada. Es que bueno, me conocés Juan, tengo carácter yo. Otra cosa es si trabajás por tu cuenta. Ahí es distinto. A veces se agrupan de a dos chicas y alquilan un departamento en el centro porque ahí hay más clientes. Es más fácil viste, porque salen para "almorzar" y se van media hora o cuarenta y cinco minutos del trabajo. Y bueno caen en lo de las chicas. Pero viste que ahora con el tema de los avisos ya no podés publicar cualquier cosa. De todos modos las chicas se las ingenian. Y ponen masajista profesional o relax, esas cosas.



Necesita hablar con él. Contarle todo. Ya sabe que se quedó embarazada de un cliente y que abortó, si él fue el que le pasó el dato de las mujeres que la acompañaron. Se acuerda cuando llamó por teléfono y Mara le decía "No importan las razones, no importan los motivos, ya charlaremos bien cuando nos encontremos". Es que ella se justificaba. ¿Qué necesidad de justificarse tenía?, piensa ahora. Piensa que tiene que seguir adelante con su vida. Está tranquila a pesar de haber sentido que tenía todas las miradas encima. En realidad nadie lo sabe. O al menos nadie que ella no quiera. Quisiera habérselo podido contar al chico con el que sale pero ella siente, como se lo dice a Juan, que no es como ir y decirle a alguien "Che, ¿sabés que me robé un kilo de naranjas?", no. Pasó todo tan rápido.

—No te desanimes Gina, obviamente es algo que no le podés contar a todo el mundo, pero yo te apoyo. Vos estás sola, te rompés el lomo, si le contás a alguien te va a mirar mal. Está el que te va a entender y el que te va a decir que sí pero por detrás va a pensar que no. Pero vos sabés más que nadie, solamente vos sabés por qué lo hiciste. Y si vos estás conforme del por qué es más que suficiente.— Juan la abraza y le da ánimos.
—Dame un mate querés. ¿O me vas a tener acá mirando el cielo toda la tarde?
—Tomá, me alegra estar tomando mates con vos. Aborté hace tres días ¡y en mi casa, como dice el libro, boludo! No lo puedo creer, es que bueno, en esto soy primeriza ¿viste?



Luego del café y las charlas Rosa me invita a encontramos con Bela frente al bar en el que hace un par de años realizan los encuentros con mujeres. Antes de entrar esperamos a que lleguen todas a la cita. Son diez, de diferentes edades, la mayoría llega sola y un par acompañada: una adolescente por su madre y otra joven por su compañero. Hay allí intercambio de abrazos, saludos, sonrisas, confirmaciones de datos que habían circulado por teléfono. Subimos por unas escaleras que dan a un patio trasero y ocupamos unas tres o cuatro mesas. El lugar está vacío. Pronto se llena con nuestras presencias y sobre todo con inquietudes. Me sorprende el clima relajado. Esas mujeres están ahí para que otras dos mujeres les den información sobre el aborto con misoprostol. Esas mujeres confían en esa información. No puedo dejar de comparar mi experiencia de hace veinte años atrás: el secreto, el miedo, la desesperación. Nada de eso encontré en ese círculo de saberes y afectos. El mozo apenas si se anima a preguntar si queremos algo. Lo siento como un espectador amigable en la escena. Rosa y Bela están convencidas de que sabe de lo que allí se habla. Me maravilla lo que Las Revueltas han ido creando con sus prácticas: se me hace evidente en esa mesa de bar, a la vista de todo el mundo, la vieja consigna feminista, aquello de "lo personal es político". Lo personal empieza a revelarse en la charla: nuestra sexualidad, nuestras relaciones afectivas, lo que nos pasa en la cama, lo que no nos animamos a decir sobre nuestros deseos. Lo personal se hace público expresando su entramado político y disolviendo así la famosa dicotomía público/privado que tanto ha contribuido a mantener en la invisibilidad las violencias ejercidas contra las mujeres. No digo nada nuevo, lo sé. Lo novedoso en todo caso es lo que aquí se produce: hablar del aborto que estoy por hacerme, en grupo, en un bar, a la vista de todxs.



Yo me enteré tarde



—Ustedes son grandes, tienen que decidir por ustedes. Sabés que podés contar conmigo. Voy a estar feliz con cualquier decisión que tomen.

Carola no puede creer las palabras de su suegra. Estaba tan asustada que necesitó contárselo a alguien. Extraña a su madre. Hace años que mantienen una relación por teléfono. Vive lejos y tienen confianza, pero ¿cómo contarle por teléfono? ¿Para qué preocuparla?

Al día siguiente se levantó con menos dolores. Eran las ocho de la mañana. Por suerte se durmió. Se acuerda del dolor intenso, de que le bajó la presión, de las manos mojadas de Mario sobre su cara intentado darle ánimos. Se acuerda que largó todo de golpe. Luego se durmió. Quiso salir a caminar.

—No, ¿cómo te vas a mover? Te puede hacer mal.— La voz de Mario sonaba dulce y tensa al mismo tiempo.

—Quiero ir a caminar, despacio, tranquila, pero quiero salir.

—Pará, te acompaño.

Fueron a comprar facturas. Era domingo. Regresaron y desayunaron como siempre, juntos. Carola se sentía débil, pero era ella de vuelta. Por suerte ese médico les pasó el dato. No como el otro al que le dieron ganas de cachetear. "¿A quién se le ocurría cagar a pedos a una mujer en ese estado?" Se acuerda que le dijo de todo. Ahora se ríe de eso: "Buenísimo señor, entonces usted me va a pagar los pañales, la comida del crío, ¿me lo va a cuidar también?" Mario y Carola se abrazan.

Me hubiera gustado contarle a mi mamá. Pensé tantas veces en contarle por teléfono... Si ella intentó abortarme dos veces por lo menos. Me acuerdo lo que me dijo mi abuela una vez cuando le pedí plata y recordó que su hija también le había pedido plata: "No me preguntes para qué es", le dijo mi mamá. No me lo olvido más: "Yo no le pregunté para qué era, pero seguro que se iba a hacer un aborto." Y sí, mi viejo le mandaba unas cosas raras a mi vieja, unos téis desde Salta. Ahí mi vieja empezó a estar más segura, según ella. Dice que de repente quiso tenerme... Aunque también me dijo: "En realidad yo me enteré tarde". A mi vieja le pasó lo mismo que a mí. Sólo que yo aborté.



En la cocina



Es la hora de la mañana que más disfruta. El ventanal que da a la calle es una boca de luz dulce y silenciosa. El cielo despejadísimo, de un azul intenso, se adivina frío entre los libros cubiertos por un polvillo apenas perceptible. No le molesta la tierra. Prefiere el juego de amontonar el destino de los horóscopos con el azar de las matemáticas o la duda existencial de los filósofos con la certeza pasional de los versos de Safo y pasar la franela sobre ellos, que recomendar a una clienta o cliente el último libro del charlatán de moda o la agenda más vistosa del año. Placer mayúsculo siente cuando abre libros viejos, esos por los que ya nadie pregunta, y los huele a escondidas. Si alguien la empujara a definir lo poético, no dudaría en describir ese momento de intimidad que la desnuda y la devuelve a la niñez ida.

La librería es el negocio familiar que quizás pronto deba venderse porque su madre está cansada de la gente y sus exigencias. Anabela lo atiende con cuidado. No ha leído todo porque piensa que no todos los libros merecen ser leídos y porque con veintidós años siente que tiene mucho tiempo de lecturas todavía. Tal vez cuando la vendan se quede con algunos, de los que leyó y de los que no, para mantener el encanto. Quedó con su madre que hoy la reemplazaría un par de horas durante la mañana para poder ir a charlar con Rosa. La ve entrar, radiante, y la boca de luz se ensombrece a su paso. Está ansiosa por hacerlo, desea ayudar a otras en lo que sea necesario. Así como cuentan sus historias quienes escriben libros, siente que contar lo que vivió es una manera de hacerlo.

Tengo una historia para contar que tiene todos los ingredientes de la aventura.

La casa huele a limpio. El piso de la cocina brilla. Rosa pone la pava sobre la hornalla para esperarla. El fuego es lento y azul como el cielo. Se queda parada, estática, abstraída del mundo. Recuerda el miedo que sintió durante la noche que Anabela tomó las pastillas. Los mensajes que recibía de ella eran angustiosos. Un embarazo de más de 14 semanas, dolor, lo que vio cuando finalmente logró expulsar al feto. Recuerda en especial las preguntas que se hizo y que se sigue haciendo aun convencida de lo que hace. Haberse dormido cuando el domingo amanecía era señal de los sobresaltos de la noche que vivió prendida al teléfono. Sí, tuvo miedo.

¿Qué riesgos estábamos corriendo ella y nosotras? ¿Ella y yo?



*El té de rosa mosqueta pasa dulce y liviano entre sus lenguas.
Liviana es la palabra compartida.
Liviana la soledad que se desarma.
Livianos los abrazos y las miradas.
Dos mujeres alrededor de un fuego siguen pasándose recetas de cocina y de vida.
Livianas.*

Yo me cuidaba con anticonceptivas y me hacían mal, a veces tenía pequeñas hemorragias. Las iba cambiando. Me quedé sin obra social y estaba esperando para hacer una consulta cuando dejé de tomarlas. A veces una se despreocupa. Ahí quedé embarazada y al mes me separé de mi novio. Al mes siguiente no me vino, sumado a las descomposturas y el asco al cigarrillo me di cuenta que algo raro pasaba. Me hice el test. Dio positivo. Me desesperé. Tenía miedo de ir al médico porque sabía que me iba a dar los pasos a seguir para continuar con el embarazo. No quería enfrentar la situación, la ecografía. No quería ver. Entonces busqué en internet "métodos para abortar" y encontré unos té, me los hice, hice de todo en realidad. También tomé vitamina C durante dos semanas porque en una página decía que funcionaba. Hasta que no di más y fui al médico. Fui al mismo que me había atendido en un embarazo anterior que perdí. Lo perdí naturalmente, y yo ahí lo deseaba, pero bueno, ahora no. Cuando me estaba yendo me largué a llorar. El médico me detuvo y me preguntó porqué me ponía así y si lo quería al embarazo. Y bueno, ahí le dije que no. Entonces él me dijo que estábamos a tiempo de hacer algo. Y me recetó las pastillas. Tres veces intenté con las pastillas. No me hicieron efecto. Me desesperé más. Hablé con mi ex y me dijo que me acompañaba en mi decisión, que me ayudaba con lo que fuera necesario. Me dijo que había visto carteles de La Revuelta que decían "aborto legal y seguro", y que capaz supieran algo. Las busqué en internet. Mandé mensaje y me respondieron automáticamente. Llamé al teléfono que me pasaron y no me daba, no me daba. Resulta que estaba mal el número. En esos días aumentó mi desesperación y pensé en tenerlo pero tenía miedo de que le hubieran hecho mal las pastillas. Una amiga me dijo de visitar a una vidente en Cinco Saltos para ver si iba a nacer con malformaciones. Y ahí por suerte me respondieron con el número correcto. Y fue tranquilidad casi inmediata. Encontrarlas, verlas, saber que estaba acompañada.

Anabela vive con su familia. Aborta un sábado a la noche, sola, en su habitación. Sus padres duermen arriba. Nunca se enteran de lo que sucede en esa casa. Durante la madrugada expulsa el feto. Tiene dolores pero el proceso es rápido. Llama a una amiga por teléfono, la que sabía lo que estaba pasando, la llama porque había sido madre y sabía de estas cosas. Ella la atiende desde un boliche. Mucho ruido al otro lado del teléfono. Mucho.

Lo tenía colgando.

—Cortálo y atálo.

—¿Qué me estás diciendo?

—¡Cortálo y atálo!

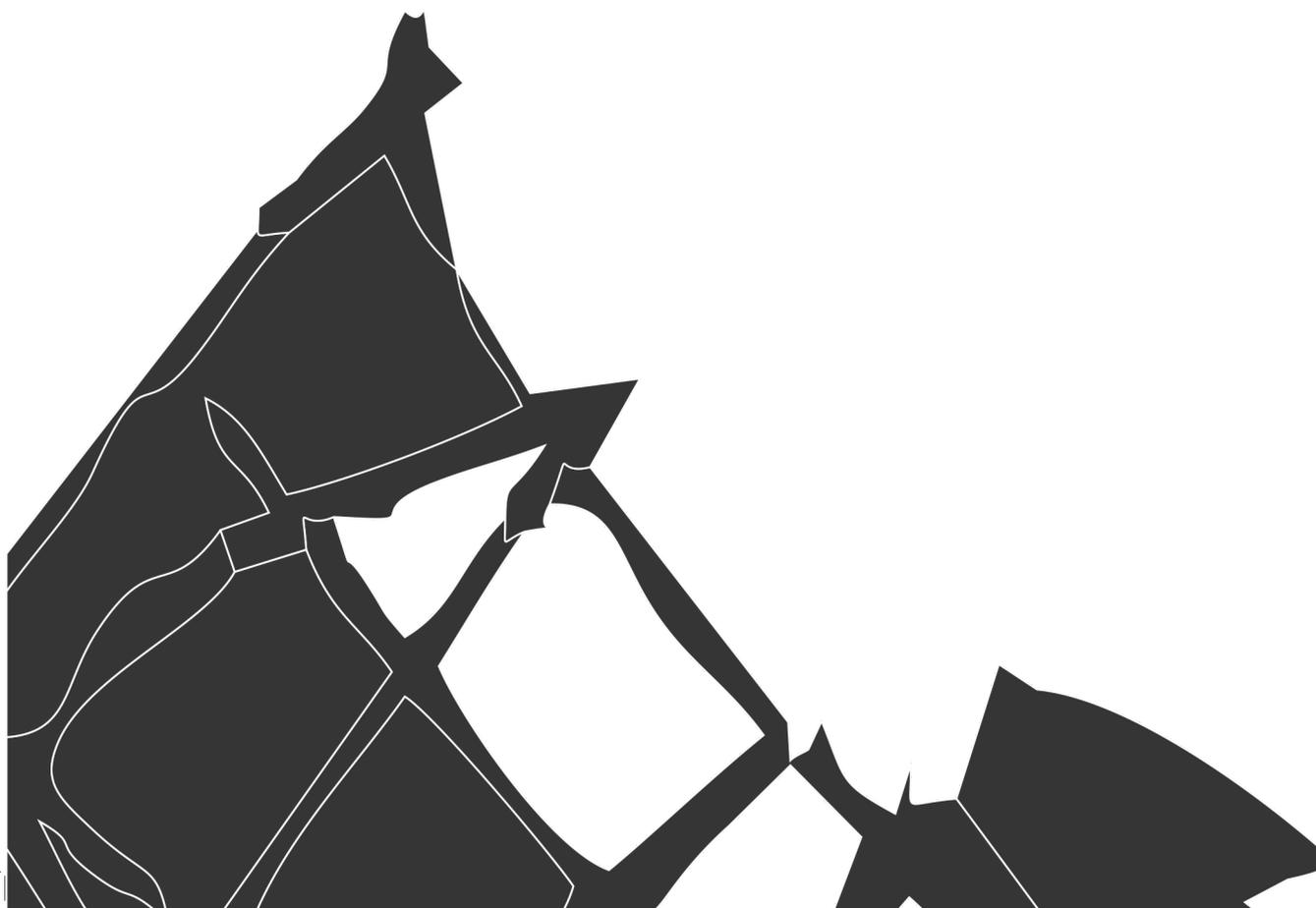
—Pero qué, ¿de mi lado lo ato?

—No, del otro lado.

Qué sentido tenía. Pero ella la única experiencia que tenía era la de su parto y vio que le ataron el cordón a su bebé. Y eso fue lo que ella me dijo que haga. Entonces corté el cordón y cayó al inodoro. Y empecé a hacer fuerza y salió todo. No me costó. Yo no puedo creer cómo fue tan fácil. Lo difícil fue después. Tenía curiosidad. Así que me puse un guante de latex, lo agarré y lo puse en un frasquito. Lo enterré. Preferí enterrarlo en el patio de mi casa antes que tirarlo a la basura. Es una cuestión emocional para mí. Me sentí mal y me parecía lo mejor. Sí, lo enterré. Y por más feo que fuera yo sabía que no lo quería tener, así que preferí aguantarme el dolor antes que aguantar todo lo que siguiera después. No lo quería, realmente. No. Accidentes le pueden pasar a cualquiera, como cualquier otro accidente en la vida. No lo veo mal. ¿Y si no sabés quién es el padre? ¿Y si los padres se borran? ¿Y si las mamás tienen que mantenerlos solas? Prefiero que esos embarazos sean interrumpidos. Ahí está mi amiga. Sufre porque tiene dieciocho años, no consigue trabajo, tiene su hija re chiquita, no tiene quién se la cuide, no sabe quién es el padre. No quiero eso para ella, ni para mí. Para nadie. No.

Rosa levanta las tazas de la mesa. Está sola otra vez. Todavía resuena en su cuerpo la voz calma de Anabela, su seguridad. La impresionó mucho su relato, el modo en que le contó los detalles del entierro, la necesidad de examinar el feto. Está convencida de que nos rodea la locura, esa clase de locura que niega libertades, que induce a la culpa y al dolor innecesarios. Sin embargo sabe que hay una locura más poderosa y creativa. Hoy, hace un momento, los ojos inmensos y el pelo largo de Anabela y esa juventud irreverente le confirman el poder de la locura que resiste a los mandatos y el de los afectos alegres y comprometidos que se echan a rodar en cada camino así elegido. El piso de la cocina sigue limpio aunque Rosa ya no repare en él.

.



La soportable liviandad de mi aborto





2

Malena y César se conocieron hace unos meses. Una amiga en común los presentó en un cumpleaños. Él ocupaba un sillón blanco de dos cuerpos, ella se sentó a su lado. Charlaron toda la noche. Se emborracharon juntos y no quedó títere con cabeza en aquella fiesta. Reían fuerte, de sí y de todos. A ella la hechizó esa mezcla de insolencia y sensualidad en cada gesto, sobre todo el modo en el que usaba las manos, abarcando y desechando las cosas del mundo al mismo tiempo. Él quedó embobado con sus dientes. La boca de Malena se abría amplia al hablar y más cuando reía. Y reía como loca, como bruja. Se reía de sí misma y era encantador verla. Se enamoraron como se enamoran los niños de lo que hay en la naturaleza: con ese deseo y esa curiosidad, inocentes y voraces. Esa noche hicieron el amor por primera vez.

César nota los cambios en el cuerpo de Malena, en su estado de ánimo. Come más, duerme más, le molesta el cigarrillo, aumentó de peso en poco tiempo. Se preocupa.

—Tengo las tetas más grandes, mirá.—le dice Malena saliendo del baño y abriendo hacia ambos lados la toalla con la que estaba envuelta.

—¿No estarás embarazada?

—Me voy a hacer el test. Creo que sí. ¿Qué mierda hacemos ahora?

Malena se acuerda del día que no usaron preservativos. Ella cree que fue ahí. Se reprocha el descuido mentalmente. Piensa en su hija. Piensa en su aborto anterior y en el horror que vivió con ese médico. No quiere pasar por lo mismo, pero no quiere otro hijo. Ni lo duda.



—Mirá César, es como un higo.
—Más que un higo parece un pedacito de pescado, como merluza. No, merluza no porque se desarma. Un pescado más gomoso.
—Bueno, y acá tenés los coágulos César, vos que querías saber cómo era un coágulo.
—Mirá que toda la vida hablando de que la sangre se coagula, de lo que es un coágulo y ahora lo vengo a ver. ¿Esto es un coágulo? Es muy bizarro esto Male. No sé si pueda evitar reírme cuando lo cuente.
—Qué otros se jacten de los culos que han acariciado. ¡Vos te podés jactar de los coágulos que has tocado!
—Esto no es normal, meter la mano en el inodoro para sacar coágulos no es normal Male.
—Nos hace bien reírnos mi amor. Me hace bien. Soy otra, me siento liviana, tengo esta sensación de liviandad ahora. En lugar de "La insoportable levedad del ser" podría escribir "La soportable liviandad de mi aborto". Viste que caminaba con peso, como si llevara diez kilos más encima.
—Eran sólo cinco...
—Qué gracioso estás. Vení, abrázame. Vamos a la cama que me duele la panza. Quiero que me acaricies la cabeza y ver tele un rato.
—Dale. Veamos uno de esos bodrios lentos que te gustan a vos. Ya tuve demasiada acción por hoy.
—Bien que te enganchás con los bodrios.

La verdad es que siento que todo esto nos fortaleció como pareja. Para mí fue una situación extrema, de dolor, de mal humor, él tocando mis coágulos, no sé. En ese momento todo lo que nos preocupaba cotidianamente pasó a segundo plano. Supe que ante situaciones difíciles él está, no se asusta, no arruga.

No llevamos ni cinco meses de relación, pero es una linda relación. Proyectamos cosas, nos bancamos. Ella es mi amiga además, es mi compañera. La siento así. Antes de esto, antes, ya sabíamos dónde estábamos parados. Pudimos hablar claro, decirnos lo que cada uno quería. Sentí que nos embarcamos juntos. Me sentí bien acompañándola.

Malena no vive con culpa nada de lo ocurrido. No es algo que haya que ocultar y por eso se lo cuenta a sus amigas y amigos. Se los cuenta a Las Revueltas. Nos lo cuenta a nosotrxs que leemos. Nos lo cuenta porque cree que sirve, no sólo como una manera de aliviarse. César acuerda. Sabe que la ilegalidad, el secreto, el misterio que hay alrededor de los abortos no permiten los encuentros, el poder reconocerse en otras y otros que pasaron por situaciones similares. ¿Cuántos amigos suyos tal vez hayan pasado por lo mismo con sus parejas?, se pregunta en voz alta César.

—Bizarra era la casa de la mina esa cuando fui a ver por mi anterior aborto. ¿Te acordás que te conté César?

—¿La del consultorio odontológico?

—Esa misma. El marido era odontólogo y tenía el consultorio adelante.

—Es muy buena Male. El tipo te hace tratamientos de conducto, la mina te hace abortitos. Todo se destapa, ¿viste?

—Muy Almodóvar...

—Je, es un chiste, malo por supuesto.

—Che, chiste malo, ¿y ahora cómo nos cuidamos?

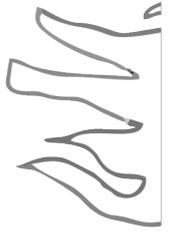
—No cogemos más.

—Seguimos con los chistes malos...

Me pregunto por el cuidado, por el sujeto responsable del cuidado. Eso le dice Malena a César. Ella formula en plural esa pregunta, como si estuviera manifestando un deseo. ¿Por qué siempre recae sobre el cuerpo de las mujeres? ¿Es que César no puede pensarse responsable ahí? Seguramente sí. Pero funcionan unos dispositivos y mandatos que, así como ocultan las prácticas de aborto, obligan a pensar el cuerpo de las mujeres como los únicos pasibles de ser intervenidos desde los discursos y prácticas médicas, avalados por la cultura. Malena es la que se olvida las pastillas o Malena es la que se tiene que poner el DIU o Malena es la que tiene que recordar el uso del preservativo o Malena podría ligarse las trompas. ¿Y César?

El viernes que sigue al encuentro en el bar me espera un recorrido por el servicio de atención post aborto que funciona en el Hospital Castro Rendón de la ciudad de Neuquén. El servicio se llama TeA –Te Acompañamos– y es producto de una serie de articulaciones que Las Revueltas han establecido fundamentalmente con la jefa del servicio de ginecología y obstetricia. Unas cinco o seis mujeres esperan a ser llamadas. Están sentadas sobre unos bancos adheridos a la pared. Entre ellas hay charlas, miradas, sonrisas. Otra vez sonrisas. Me siento a esperar también. Luego de una media hora me acerco con cautela a una joven a escasos metros de mí, está acompañada por su madre. Le pregunto si viene a hacerse los controles a TeA. Ella dice que sí y de inmediato me cuenta su historia. Bela fue quien la acompañó en el proceso de abortar. Madre e hija son llamadas en ese momento. Cuando salen del consultorio ambas sonríen. Sólo diré lo siguiente: en TeA las mujeres tienen un lugar en el que se respetan sus derechos.

El aborto es todos mis días





—¿Qué les enseñaron sobre aborto?

La pregunta cae como una bomba silenciosa sobre el aula de la Facultad de Medicina. Así se presenta Griselda en el Seminario de Medicina basada en la evidencia que dicta desde la Cátedra de Ginecología. Es ginecóloga y obstetra. Está a punto de jubilarse como Jefa del Servicio de Ginecología y Obstetricia del Hospital Castro Rendón. Sus ojos claros no han perdido el brillo de la juventud. Toda ella es un manifiesto a la vitalidad.

—Parece que les sorprende la pregunta. Voy a empezar por decirles algo chicos: acá cada uno hace lo que quiere. Sí, no me miren con esas caras. Mi experiencia como enferma es la siguiente: tomo de lo que el médico me dice lo que a mí se me canta las pelotas.

En el aula se rompe el silencio con una risa generalizada.

—Sí, nos reímos pero con los pacientes es igual. Les vuelvo a preguntar: ¿qué les enseñaron sobre aborto? Poco y nada ¿no? Acá vamos a hablar de eso y de otras cosas. Y empecemos por el principio. La estrategia es que los pacientes confíen en nosotros y eso sólo puede pasar si no nos ponemos por encima de ellos. Nosotros somos iguales que ellos, estamos en las mismas condiciones. ¿Entienden?

Griselda no espera que respondan, al menos no en ese primer momento. Sabe que está metiendo el dedo en la llaga y quiere que duela. No, no es masoquista. Su trabajo es allanar algunas cuestiones. Hacerlas accesibles. Y sobre todo dejar de restarle importancia a lo que tiene una trascendencia mayúscula: la salud sexual y reproductiva.

—Bien, empecemos diciendo que nadie habla del problema del aborto como un problema de salud pública dentro de esta ilustrísima casa de estudios. ¿Qué tenemos entonces? ¿La definición de aborto? ¡Ja! ¿Alguno me la puede decir? "El aborto es la pérdida del embarazo más allá de la semana tanto y bla bla bla y puede ser espontáneo o provocado y bla bla bla", bien, ¿y? ¿Sabemos algo acerca de qué hacer en caso de aborto? ¿Provocado? ¿Se preguntaron alguna vez cómo es que se "provocan" los abortos?

Griselda está acostumbrada a ver mujeres llegar al hospital con fiebre, con dolor, con sangrado, pensando que las van a denunciar. Como ella misma suele decir "el aborto es todos mis días". Tanto es todos los días que fue aprendiendo. Cada vez que empieza un nuevo curso recuerda la época de residencia. No denunciaba a las mujeres porque daba trabajo hacerlo, pero las trataba mal. No es algo de lo que se enorgullezca. Al contrario, se siente responsable de haber dejado sin información a las mujeres que atendió en esa época.

—Acá hay un derecho que es inalienable chicos y es el derecho a la información. Si ustedes dejan ir a una paciente sin información respecto de cuáles son las posibilidades que tiene frente a su propia vida en relación a continuar o no un embarazo, están haciendo mal su trabajo para empezar. Y para terminar están vulnerando derechos. Esas personas tienen que saber que existe la opción de hacerse un aborto con pastillas. ¿O quieren poner al borde del abismo a esas personas con el discursito de que no podemos hacer abortos?

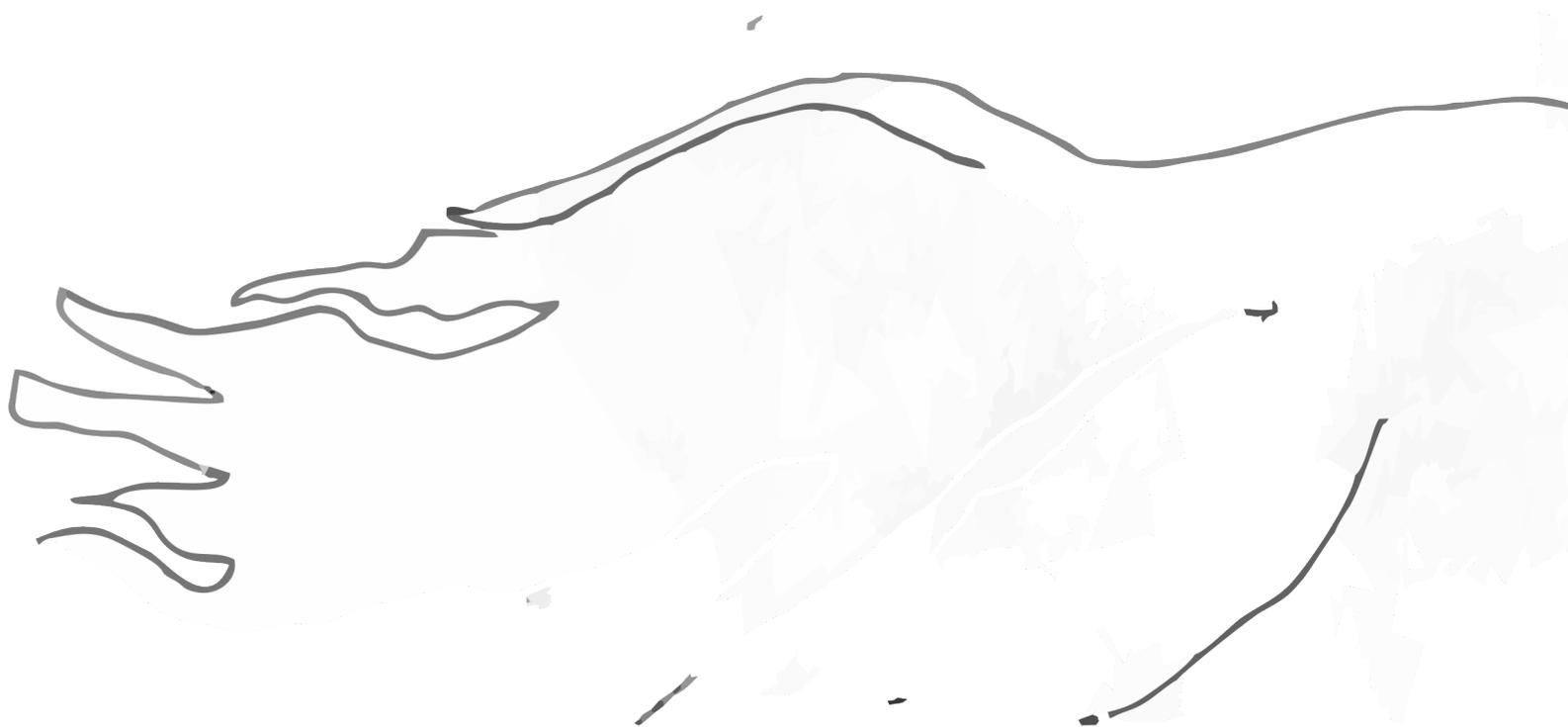
Griselda no tiene miedo. Se hartó de la hegemonía médica. Tanto en sus clases como en su práctica no duda en hablar de feminismo: "Yo les voy a decir una cosa, mi mamá que vive todavía, no votaba. A ver si se empiezan a dar cuenta de cuáles son los méritos del feminismo, chicas. Para mi mamá era natural no votar. ¡Fíjense lo que les digo, por favor! Y más, cuando nació mi hijo, por ejemplo, en el año 82 no había patria potestad compartida. ¡A ver si pueden darse cuenta de los logros del feminismo y se dejan de menospreciarlos respecto de nuestras vidas!" Pero de lo que más harta está es de los prejuicios que se bancó durante muchos años siendo médica. Se apasiona contando a quien quiera oírla cómo es que se enfrenta a sus superiores, varones por supuesto, cuando éstos insisten con el cuento de que las mujeres médicas operan mal. "Pero lo peor es que nosotras mismas nos lo creemos. ¡Es terrible! Parece que es genético saber operar, o que está solo en el cromosoma Y, ¡por favor! ¡Agarro un mono y le enseño a operar y opera!"

—¿Ustedes saben lo que decía un famoso epidemiólogo inglés? Decía que los médicos no hacemos lo que está investigado y publicado, hacemos lo que nos parece. Nuestra tarea en esta cátedra entonces es investigar y concentrar todo lo que está publicado sobre un tema y distribuir esa información para que las decisiones médicas se basen en evidencias y no en lo que se nos cante. Fíjense por ejemplo si no es una herejía la episiotomía, el rasurado, el enema en el momento del parto. Ah no, pero nosotros vamos y lo hacemos. ¡Todas herejías que nos hacen a las mujeres cuando vamos a parir! ¡Y nos quejamos de las brujas!

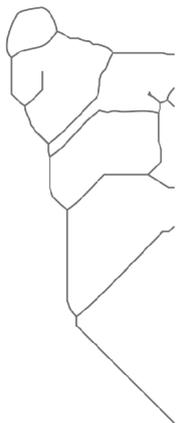
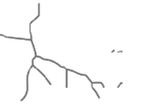
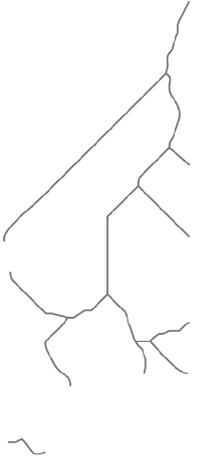
Por supuesto que Griselda ha cosechado amistades pero sobre todo odios. A ella eso le importa poco y nada. Es tan tozuda y está tan convencida de que la información debe estar al alcance de cualquiera que se ofusca cuando eso no ocurre. Por una socorrida, Rosa se entera que Griselda es una médica amigable con las mujeres. Con mucha cautela la llama para preguntarle si podía mandarle a alguien a hacerse un control. La respuesta de Griselda fue tajante: "¿Cómo no me van a poder mandar? ¡Es mi obligación ver a esa mujer que abortó!" Ese momento fue crucial para las socorristas neuquinas. Comenzaron a reunirse con ella para articular saberes. A Griselda la maravilló lo que hacían las socorristas: "Me fascina la articulación entre un grupo de la comunidad y nosotras en el hospital público. Es una de las cosas que más placer me dio en mi carrera. Había que hacer algo con esas mujeres, darle accesibilidad desde el hospital. El Socorro Rosa da información y acompañamiento seguro a mujeres que desean abortar con pastillas, nosotras hacemos la atención post aborto. Así surge TeA, con una idea bien concreta de no medicalizar, de sacar del medio al médico. Lo que interesa es que las mujeres se hagan un control y que aprovechen el espacio para tener información sobre anticoncepción." Fue un trabajo que asumió con pasión y que disfruta.

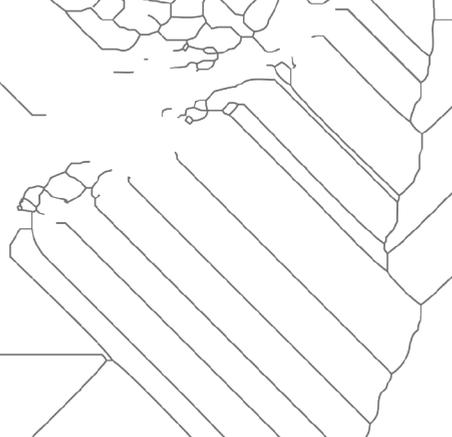
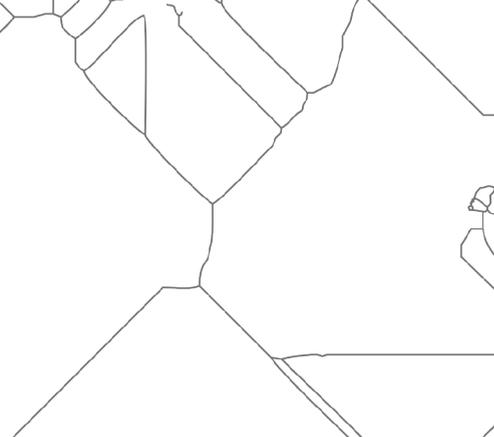
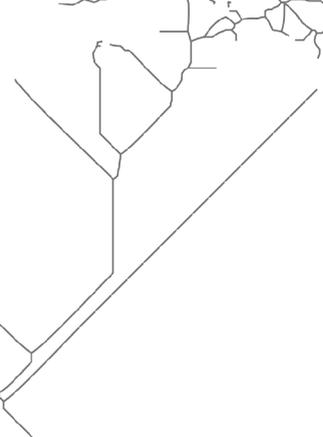
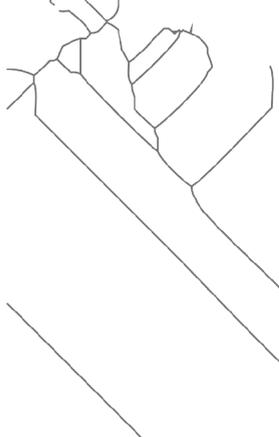
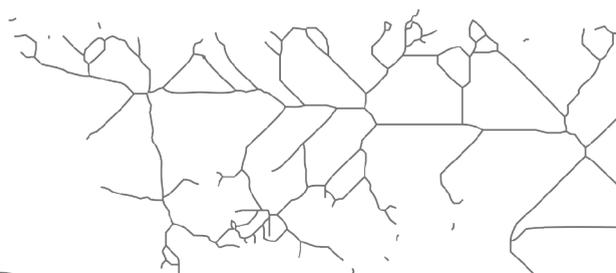
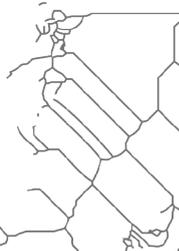
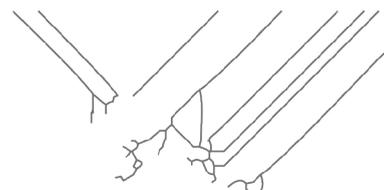
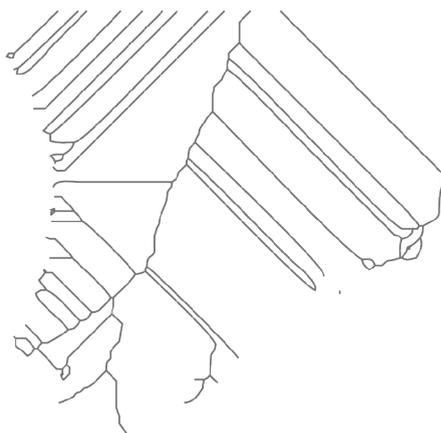
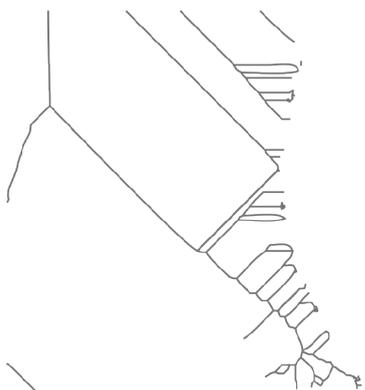
El aborto es todos sus días también ahora. Pero ahora ella es una más en ese eslabón de complicidades públicas, visibles, que garantizan el derecho que tienen todas las personas a decidir sobre sus cuerpos y vidas. Los ojos de Griselda resplandecen cada vez más.





Te Acompañamos



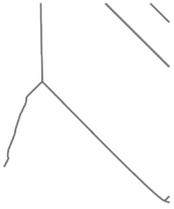


Hoy quiero hablar de lo que estoy haciendo en el Hospital, de lo que estamos haciendo bah, porque es un equipo. Necesito charlarlo acá. TeA, Te Acompañamos significa, nació ahora, fuimos viviendo el proceso del armado. Es un consultorio que se formó a raíz de los muchos casos que teníamos de consultas post aborto. Quedaban a la deriva muchas pacientes sin saber qué hacer con sus sangrados. Quedaban solas, con miedos. Médicamente tampoco podíamos hacerle un seguimiento, cosas importantes como el grupo sanguíneo y factor de la paciente, porque si es Rh- hay cosas para hacer porque se sensibiliza la mujer y futuros embarazos pueden verse perjudicados. La residencia es vivir el aborto a diario, día a día. La mayoría de las pacientes de guardia son abortos, abortos espontáneos, abortos incompletos. Y la primera práctica a la que accedemos es a la del aspirado endouterino y la atención de la paciente en esa situación.

Irene hace una pausa. Toma aire. La psicóloga la mira. Es raro que comience la sesión hablando ella, casi sin detenerse, sin saludar. La nota tensa. En el diván puede ver sus dudas, sus miedos. Se lo dice la posición del cuerpo. Hoy las piernas permanecen rectas, una junto a otra, y las manos hacen movimientos en redondo, en el aire. Muy amplios. Espera a que Irene reanude las palabras.

Llenamos unas planillas del Ministerio de Salud "Historia Clínica de Mujeres en Situación de Aborto". Es de fácil llenado. Me parece que está muy bueno que lo hayamos implementado porque nos ayuda mucho a trabajar a diario, con los antecedentes de esa paciente, los datos epidemiológicos, los datos de ese embarazo que está perdiendo. Y sobre todo si hubo complicaciones posteriores. Me parece muy importante eso, porque es un momento en que la mujer está muy vulnerable. Ahí aprovechamos para darle consejería en anticoncepción, y hacemos hincapié en sus cuidados. Podemos detectar cómo vive ese momento en particular e incluso podemos hacer interconsultas a Psicología, porque algunas lo necesitan. Muchas se animan a contar todo. Otras vienen con miedo, con sumo cuidado te muestran que las mandaron a la consulta. Porque nosotras también empezamos esto por una articulación con las socorristas de acá. Y de entrada les decimos que no se preocupen, que les vamos a hacer un control, que los datos son confidenciales, que nadie las va a juzgar. Yo noto cómo se van relajando. Pero cuesta tanto, tanto...

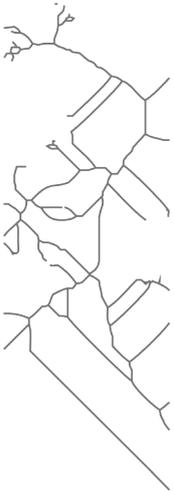




Otra vez Irene toma aire. Ahora coloca la pierna derecha sobre la izquierda. La psicóloga calla. Irene continúa.



¿Por qué cuesta tanto? Creo que este sistema, el paternalismo que tenemos... El machismo instalado. En el campo médico sobre todo. En la universidad lo mismo. Nadie te enseñaba sobre el aborto y luego en la práctica llegaba una mujer y se incendiaba en cuestión de horas, como decimos nosotros a las que van a terapia intensiva. Pero bueno, va cambiando, de a poco. El tema del aborto es complejo y no todos pensamos lo mismo, incluso en TeA. Aparecen cuestiones personales. Resistencias. Conflictos morales. Hay algunos que se abstienen de dar pastillas por ejemplo. ¡Es una barbaridad! Yo creo que la mujer tiene derecho a decidir. Ahora lo creo. Y fue un proceso para mí. Estamos todas aprendiendo. Sabemos mucho de la parte técnica. Pero siento que ahora puedo ponerme en el lugar de la paciente, de poder captar su angustia y darle una mano. Es difícil no juzgar ¿eh?



Irene se detiene de golpe. Le pide a la psicóloga ir al baño. Se la nota cansada. Una lágrima rueda por su cara. La psicóloga le acerca un pañuelo descartable. Ese gesto desata el llanto. El tiempo restante será de llorar. Hoy Irene tuvo palabras para lo nuevo. Sale de la terapia liviana y con ganas de orinar. Apura el paso hasta llegar su casa.





No quiero decirle bebé

El aire de septiembre es fresco. En la placita frente a su casa se respira tranquilidad esa mañana de sábado. A ella le gusta sentarse a tomar mates sobre el pasto. El fin de semana descansa de su trabajo. Este fin de semana descansa de algo más. Se siente viva, vital. Le hubiera gustado contarle a Claudia lo que hizo. Pero no pudo. La extraña, extraña tomar mates con ella. Es su amiga después de todo. Ella había pasado por una situación similar hacía poco tiempo y quizás hubiera podido entenderla. No se animó. Lo hizo sola. Ahora se la imagina ahí, sentada a su lado y le cuenta. Se desahoga.

Si supieras... Recorrí varios lugares. Yo te conté que estuve con este chico. Bueno, esa noche. No me cuidé. A él qué iba a decirle si apenas nos vimos. Nunca lo supo. Los lugares que recorrí... uf. Una médica me dijo que había chicas de trece años que se hacían cargo, qué cómo no iba a poder yo con veinticinco, claro que podés, me decía. Un horror. Fui a otro médico. Al Heller fui. Fui por los quistes que tengo en realidad, ¿viste? Pero ahí le largué todo. No sabés lo dulce... El tipo me abrazó, me dijo que no tenía ningún cargo moral con el aborto y que se podía hacer con pastillas. Ahí me pasó el número de Las Revueltas. Me acuerdo que me dijo que me iban a dar contención y que volviera para hacerme los controles. No sabés lo bien que me sentí Claudia. Después de la desesperación, el cuerpo que me pesaba, llegaba al trabajo llorando y tenía que mentir. Me hubiera gustado contarte, pero no pude. No pude. Y bueno, llamé y me dieron una cita. En un bar, ¿entendés? Había otras mujeres ahí. Fue increíble. Una charla abierta, sentí que no era la única Claudia, sentí que no estaba haciendo nada malo. Lo hice sola, en mi casa. Fue tan rápido, tan sencillo y eso que estaba de varias semanas. No sentí dolor casi. Me dio un poco de fiebre eso sí. Bueno Claudia, yo no quería, yo no quería tener... ni siquiera quiero decirle bebé, porque no sentí nada. Estaba bien segura de lo que quería. Lo estoy Claudia. Y lo hice. No sabés lo hermosas que son estas mujeres. Incluso me dieron el dato de un lugar que te hace controles. Fui a la semana siguiente. Ahí estaban algunas de las chicas con las que nos habíamos reunido. Y una de ellas se me acercó y me abrazó y me habló como si me conociera de toda la vida. Como si hubieras sido vos, Claudia, como una amiga. Y me dijo que se había quedado preocupada por mí, porque se acordaba de que yo tenía que ir a trabajar al otro día. Porque sí, al otro día fui a trabajar como si nada. Claro, a ella le había dado diarrea y se había descompuesto, a mí no, casi nada sentí. Y eso que estaba avanzada... bueno ya te dije eso. No sabés lo bien que me trató esa médica Claudia. Me aconsejó métodos para cuidarme. No sé. Fue todo tan normal, tan bien. Nunca lo voy a olvidar ¿sabés? Yo no es que no quiera tener hijos Claudia, ya sabés. Pero bueno ahora no. ¿Vos me entendés? ¿No?

Claudia no está a su lado ahora. Hoy no pudieron encontrarse como siempre. Toma el último mate. El agua ya está fría y la yerba lavada. Algún día tal vez se anime a contarle. Suspira. Ya es el mediodía y tiene que hacerse algo de comer. Se levanta con tranquilidad. Mira el cielo. Es un día precioso, como su vida.

•

El método seguro



Hace un par de meses nació la segunda hija de Florencia y Rubén. Se tomaron unos trece años para ser madre y padre otra vez. La llamaron Azul. A Florencia siempre le gustó ese nombre porque le hace recordar el mar o los lagos del sur que tanto ama. Azul es tranquila, casi no llora. Florencia no puede creer que le haya dado positivo el test. Ambos son auxiliares de enfermería. Trabajan en clínicas distintas. Cuando nació Azul, Rubén le preguntó a la médica si el método de la lactancia era seguro para evitar embarazos. La médica le dijo que sí. Ambos dudaron, pero ella se veía tan segura, era la médica de siempre, la que había acompañado todo el embarazo. Era su médica de confianza.

—¿Por qué le hicimos caso a la médica? Ahora, yo fui muy boluda de no cuidarme. Si sabíamos que no...

—Bueno, pero ella nos dio la certeza Flor... ¡se supone que es la que sabe!

—¡No sabe un comino no sabe! Yo no lo pienso tener... Tengo una nena de dos meses. Otro no. No.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

—Voy a llamar a las socorristas. ¿Te acordás las charlas que dieron sobre aborto no punible en la Universidad? Ellas están acompañando a mujeres a abortar con pastillas. Como abortó tu hermana, ¿te acordás? Mañana las llamo.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura Rubén...

Lo que pasa es que no hay acompañamiento que sirva. Yo estuve con ella toda la noche. La acompañé en lo que pude, pero la que pasa por esto es ella. Es atención lo que le di. Yo estaba con ella, pero ella es la que se mareó, a ella le bajó la tensión, todo eso lo sufrió ella.

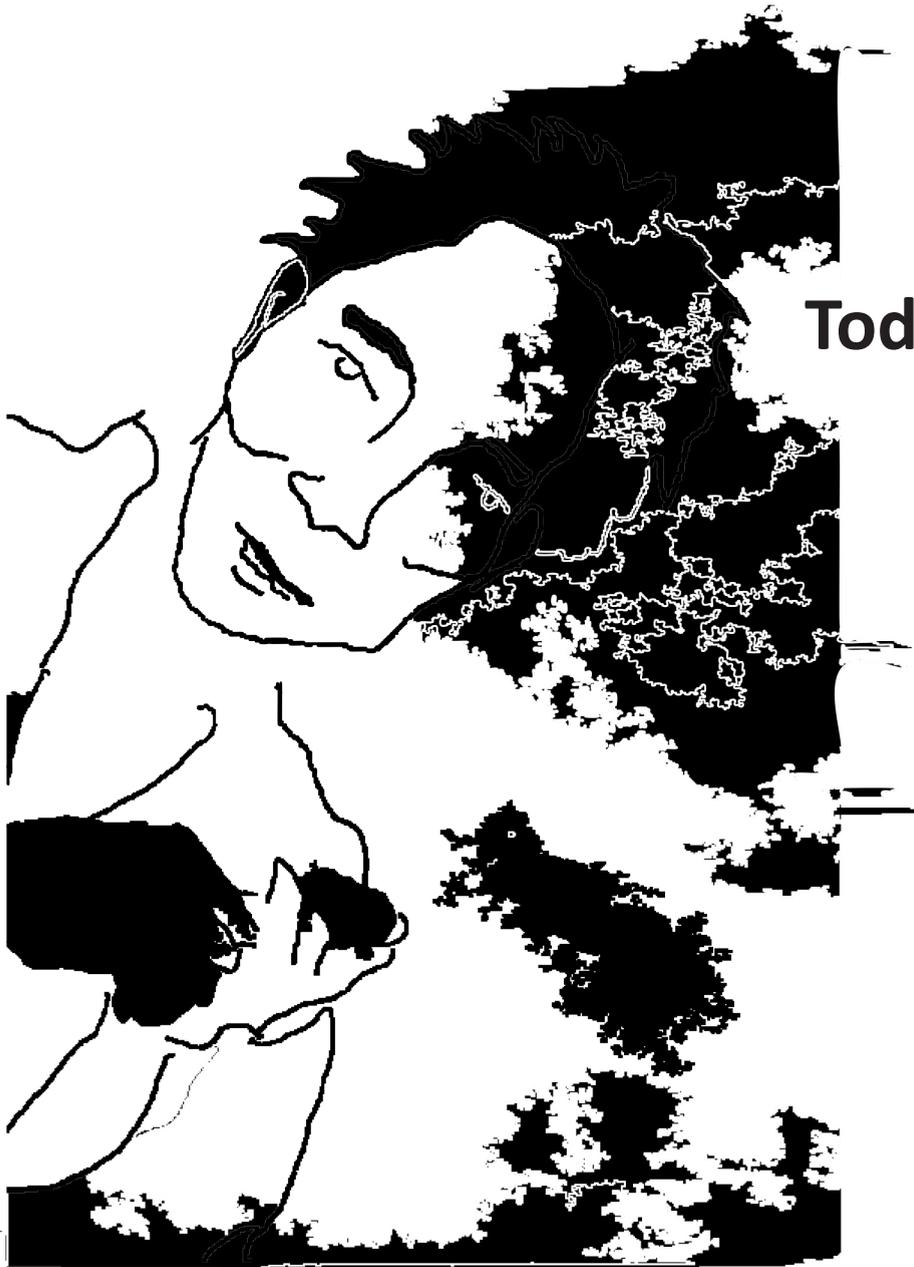
Rubén se siente impotente ante el dolor de su compañera. Todo es en su cuerpo.

Rosa y Bela charlan sobre este caso. Regresan de una marcha en repudio a la represión desatada contra las y los trabajadores de la educación el 4 de abril de 2007, donde fue asesinado Carlos Fuentealba. Están muy movilizadas. Deciden llamarla a Griselda por teléfono, la ginecóloga "más copada de Neuquén", como ellas le dicen. Griselda pone el grito en el cielo: "Noooooo, ¡pero eso es arcaico! ¡Es un mito! ¡Una médica no puede decir que la lactancia es un método seguro para prevenir embarazos! Menos mal que están ustedes chicas, menos mal. Es revolucionaria esa pastilla chicas, ¡es revolucionaria!" Cuando cortan con Griselda, Rosa y Bela están cada vez más seguras de lo que hacen. Sí, es revolucionaria. Acompañaron juntas a esta pareja en su proceso de abortar. Florencia sin embargo lloró todo el día, se sintió mal. Faltó al trabajo el día siguiente y el siguiente también, cosa que muy pocas veces hizo. Rosa la tranquilizó por teléfono: "Flor, no podemos con todo las mujeres ¿eh?"

No podemos con todo las mujeres. Es cierto, pero podemos acompañarnos en el dolor y en las dudas. Resistimos.

•





Todas las violencias

Unas horas antes de ver a Telma, Rosa organiza su día. Es julio y es un julio frío pero el sol asegura algo de tibieza durante las horas por venir. Una mueca de desgano le atraviesa el semblante al revisar la agenda. Cuándo será el tiempo en que sus vacaciones sean vacaciones, que no se llene de tareas. De inmediato se reprocha el pensamiento. Sabe que no puede dejar de hacer lo que hace, que de todos modos no estaría el día entero echada en la cama viendo una película tras otra o tomando mates con sus amigas. Encontraría una excusa para hacer algo más interesante. Rosa es de las que concreta cada idea que se le cruza por la cabeza, convence, sacude, inquieta a sus compañeras. Más de una vez les vio poner caras de susto o incredulidad o les escuchó decir "vos estás loca". Rosa está loca, por supuesto. Pero su locura tiene una extraña fortaleza: nada hay más loco y arbitrario para las mujeres que la organización del mundo. Ella quiere al menos un breve espacio de locura sana y cada día, cada hora, se empeña en conseguirlo.

Quedaron en encontrarse a las 11 de la mañana en el bar del Museo Nacional de Bellas Artes. Rosa tiene una imagen muy vívida de Telma. Recuerda en especial la tarde en que se reunió con ella para darle información sobre el uso seguro del misoprostol junto a otras mujeres. Ella habló muy poco y cuando le preguntó si había pasado por situaciones de violencia en su vida, con voz entrecortada, dijo: "todas". Mientras camina por el parque la divisa, está parada afuera del Museo, esperándola. Rosa se alegra de verla, de que no la haya hecho esperar como sucede a veces. Se abrazan y caminan juntas a paso lento hacia el bar. Adentro hay poca gente y eligen una mesa al fondo, muy cerca de la puerta trasera. Allí podrán hablar tranquilas, le dice Rosa.

Telma no le da tiempo para que haga preguntas. Comienza a hablar como desahogándose de una tristeza larga, apretada, anudada en el centro de la garganta. No hace falta tirar el hilo que afloja el nudo. Las palabras rompen la monotonía del lugar y de la moza que atiende a la misma pareja que día tras día se sienta en la mesa junto a la ventana en el frente del local. Telma llora. Rosa besa sus manos. Es un gesto que repite cada vez que las mujeres pasan por situaciones de especial afectación. Le besa las manos. Apenas se conocen y le besa las manos. Telma agradece íntimamente el gesto. Confía.

Me siento bien, ahora me siento bien. Me dolió, pero sé que es lo mejor para mi vida. Más allá de que me digan "¡Ah, pero Dios te va a castigar!". Sí, está bien, pero de acá a que Dios me haga un juicio el día que me muera, que me lo haga. Pagaré mis culpas si es que existe. Pero yo vivo acá en la Tierra. Yo estoy acá caminando sola. Pasé de todo en mi vida. Mirá si voy a darle explicaciones a Dios ahora. Pasé de todo. Acá estoy porque quiero que sepan, que otras sepan. Quiero ayudar a otras, en algún acompañamiento, charla, lo que sea. Quiero estar ahí. Porque ustedes estuvieron. Es importante lo que hacen.

Rosa la escucha. "El día que me muera", repite mentalmente. Telma está viva, como cada una de las muchas mujeres que acompañaron. Está viva y tiene alguna que otra certeza sobre su vida de poco más de cuarenta años, de cuatro hijos nacidos de la violencia. El matrimonio suele ser una pesadilla para muchas, Telma no es la excepción.

No me llamaste más. Cómo hubiera querido que fuera verdad, por una vez en mi vida. Pero es como si estuviera destinada a que mi cuerpo sea un cuerpo nada más y que hagan lo que quieran de él. Como cuando abusaban de mí mi padre, mis hermanos, hasta mi marido. Vos lo sabías y eso que no te conté más. No te conté, por ejemplo, el día que un ginecólogo se me tiró encima y no pude hablar. ¿Por qué no grité por Dios? ¿Por qué me quedé muda? Me acuerdo esa noche que hicimos el amor y me dijiste que me ibas a cuidar, que no ibas a dejar que nunca más nada malo me pasara. Te creí, quise creerte. Te dije que perdí al bebé. ¿Qué te iba a decir si vos habías elegido ya? ¿Qué te iba a decir si fue como si te sacaras un peso de encima? No me atendiste más el teléfono. No me llamaste más.

No puedo ahora, no puedo. Esto tiene solución. Apenas puedo con mi vida. ¡Doctora yo no lo pienso tener!

Apenas puedo con mi vida.

—Me parece que es lo mejor que podés hacer— la que habla es Lorena, su nuera. —Vos sabés que a mi nena la tuve porque en ese momento no supe qué hacer. Tenía quince años. Pero hoy por hoy, si me pasara lo haría. Vamos a buscar ayuda.

Buscaron ayuda. Su nuera había visto unos carteles de La Revuelta en el Instituto del Profesorado que hablaban sobre el aborto legal y le dijo: "Ellas tienen que saber algo."

—Mirá mamá, me parece que es lo mejor que podés hacer— le dice su hija mayor cuando Telma le cuenta sobre el embarazo no buscado y su deseo de abortar.

A Lorena no le costó nada ponerse en contacto con La Revuelta. Una breve charla en Facebook, acordar un encuentro, una llamada telefónica. Telma se alegró y se puso ansiosa. Con los años había llegado a la conclusión que tenía derecho a decidir sobre su cuerpo. Hay gente que no te deja a pata, pensó con alivio cuando escuchó la voz de Rosa.

Hay gente que no te deja a pata.

Abortar es lo mejor que puedo hacer según mi hija y mi nuera.

Es lo mejor que puedo hacer.

—

Un cuerpo nada más, dice Telma. ¿Nada más? Un cuerpo abusado, violado. Una vez, dos, cinco, ¿cuántas? ¿Cuántas veces es violado un cuerpo de mujer? ¿Cuántas puede tolerarlo? ¿Cuántas puedo tolerarlo yo? ¿Cuántas puedo leerlo? Telma no se victimiza. Con calma relata esos momentos de la vida en que fue vulnerada —su infancia, su matrimonio— como si en lugar de hablar de todas las violencias vividas estuviera describiendo un hecho más de la vida.

Apenas puede con su vida, dice Telma.

¿Apenas puede con su vida? Su vida es su vida y la de sus cuatro hijos. Y la de sus nietos. Ella puede con mucho más de lo que cree. Una fortaleza desconocida se le revela mientras llora. Llorar no es sinónimo de debilidad. Telma y Rosa lo saben. Ambas han llorado en secreto y acompañadas. Ahora lloran porque se reconocen en el dolor y pueden manifestarlo sin pudores. Rosa besa las manos de Telma, una vez más.

Tengo que ser directa: él me violó después de que yo tuve mi primer hijo. Mi hijo tenía 45 días y yo le dije que no podía tener relaciones. Aparte estaba recontra cosida porque el bebé había sido muy grande. Me acuerdo que empezamos una pelea. Ahí me dejó embarazada de la nena. Y en el hospital me dijeron estás embarazada, y listo. Yo pedí ayuda ahí: ponéme una inyección, hacé algo, no quiero, me pasó esto y esto. El médico lo único que dijo fue: hacéte los análisis. ¡¿Hacéte los análisis?! Fueron dos hijos más. Me empecé a poner firme y le decía a mi marido, ¿qué te pensás que soy un perro yo o qué? Hasta que dije basta, no quiero saber más nada de pibes. Y se fue con otra. Me dejó sola con mis cuatro hijos. Nunca me pasó un mango. Tuve que empezar a laburar el doble de lo que laburaba. Pero yo estaba feliz porque mi deseo más grande se había cumplido: que se busque otra mujer y que se vaya. Así y todo, ya separada, él vino más de una vez a pegarme a mi casa. Las denuncias que hice nunca prosperaron: "andáte a tu casa, no vengas a joder acá." Él es policía.

La noche en que se puso las pastillas su nuera y su hija la acompañaron. Telma tuvo que ir al hospital por una pequeña hemorragia. La internaron. No se sintió sola en ningún momento. Su nuera, las enfermeras, su hija, las socorristas eran una pequeña trama de afectos que le daban lugar a las propias decisiones muy lejos de juicios y prejuicios. Estuvieron ahí. Están ahí. En esa presencia, llena de presencias, se produjo un corte que habilitó una benigna cicatriz. Así Telma fue capaz de entender cuando su hija menor le contó que estaba embarazada y que quería tenerlo. Así Telma puede decir ahora: "Tiene dieciséis, no sabe lo que va a pasar pero a mí no me queda más que aceptarlo. Es su decisión. No puedo obligarla a hacer algo que no quiera."

Rosa sale por la puerta de atrás del bar. Telma por la principal. Qué increíble capacidad la de las mujeres para seguir adelante pese a todo, piensa Rosa y se pregunta sin esperar respuesta: ¿De qué estamos hechas? ¿De qué están *hechas* estas mujeres?





¿De qué estamos hechas las que tenemos la potencialidad de parir y aún así decidimos no hacerlo? Estamos hechas de vida, vida elegida, vida que se rebela a la obligación cultural de "dar vida". El aborto, entonces, forma parte de nuestras vidas en contra de todo pronóstico, mandato o impedimento moral. Lo que dicen una y otra vez las mujeres protagonistas de estos relatos es que si un cuerpo tiene la potencialidad de parir, tiene también la libertad de decidir no hacerlo ante un embarazo no buscado. Porque parir no es sólo parir. Es ante todo desear las transformaciones que ocurren en el cuerpo y en la vida de quien decide parir. Decidir parir es también decidir maternar. Así lo piensa Rosa cuando nos juntamos a charlar sobre este libro y su improbable final, improbable porque el aborto sigue siendo mientras escribo estas líneas. Ella aventura una idea que quizás varixs tengamos atravesada: "Esta sociedad habrá perdido un poco de misoginia y heteropatriarcado, cuando pueda pensar que maternar y no maternar merecen el mismo estatus simbólico (y la felicitación correspondiente). Habrá que seguir insistiendo en el derecho a la libertad y autonomía corporal." Aún en contextos hostiles, creo que este conjunto de historias dan cuenta de ese ejercicio de libertad



Aborto, experiencia, afectos.

Por Nayla Vacarezza *

Los relatos de *Código Rosa* impulsan y, a la vez, forman parte de las veloces transformaciones en las luchas por la legalización del aborto que están ocurriendo en Argentina. El momento histórico podría ser caracterizado como un *impasse* donde el debate parlamentario se hace esperar demasiado mientras que organizaciones y activistas han tenido éxito en multiplicar localmente las estrategias destinadas al cumplimiento de los abortos no punibles y a la difusión del uso seguro del misoprostol con fines abortivos.

En este presente donde el estancamiento legislativo convive con el impulso creativo del activismo y con una despenalización social cada vez más arraigada cabría preguntarse ¿qué aportan a la discusión pública estos relatos acerca de la experiencia del aborto medicamentoso en el contexto del socorrismo? Y ¿por qué los discursos sobre la experiencia del aborto han ganado protagonismo como un aspecto políticamente importante para quienes luchan por la legalización del aborto?

Código Rosa podría inscribirse en una serie compuesta por libros, películas, exposiciones fotográficas, obras de teatro e historietas que, en los últimos años, pusieron a circular discursos sobre la experiencia del aborto e impulsaron cambios en las maneras en que se piensa y se argumenta a favor de su legalización. Integrandó esa serie, en el libro *La intemperie y lo intempestivo. Experiencias del aborto voluntario en el relato de mujeres y varones* se dice que prestar atención al aborto en términos de experiencia social aporta a la discusión pública aspectos del problema que son irreductibles al discurso jurídico, al discurso médico, a las cifras estadísticas y también a la construcción de casos mediáticos. En los relatos de la experiencia aparecen los cuerpos y los afectos, los argumentos se encarnan y las consecuencias de la clandestinidad adquieren nuevas dimensiones.¹

* Nayla Vacarezza. Socióloga, docente y doctoranda en Ciencias Sociales (UBA).

¹ Chaneton, July y Nayla Vacarezza, *La intemperie y lo intempestivo. Experiencias del aborto voluntario en el relato de mujeres y varones*, Buenos Aires, Marea, 2011.

Todos estos trabajos interesados por la experiencia del aborto se enlazan, en parte, con el impulso de las campañas y acciones individuales de mujeres notables y anónimas que, desde hace ya décadas, comenzaron a decir públicamente "yo aborté" y compartieron las circunstancias y motivos de su decisión de no continuar un embarazo. Se desplegaba en cada una de esas declaraciones una autoridad propia del testimonio que reside en el gesto de hacer estallar las fronteras que dividen lo público de lo privado para decir públicamente "yo lo viví", "a mí me pasó" y producir una reflexión crítica y política acerca de lo vivido.

Pero formular la cuestión en términos de experiencia implica comprenderla como producción social y, por lo tanto, como algo que excede la apelación a una autoridad que emana de la vivencia personal. La experiencia, entendida de este modo, no es un recuerdo que está guardado en un fuero individual, interno e inmóvil, esperando que la/el protagonista lo haga público. Tampoco es una fuente transparente de verdad que puede ser accesible de manera objetiva y sin mediaciones. Justamente, *Código Rosa* se ubica en el terreno de la experiencia porque sus relatos hacen más que dar a conocer una serie de vivencias rubricadas como verdaderas. La experiencia del aborto es trabajosamente elaborada en el libro por medio de su ficcionalización y es lo que los relatos tratan de asir en su enorme complejidad y también en su opacidad. La experiencia no se nos presenta como una entidad accesible de manera inmediata sino que se nos propone aproximarnos a ella a través de relatos cuya lectura no es pasatista. La superposición compleja de voces, la no linealidad y la intensidad de lo narrado exige la atención y el compromiso de quien lee. Más que dar a conocer la experiencia como si fuera un objeto ya dado, los textos la elaboran sin ocultar su carácter discursivo, ficcional y meticulosamente construido.

Joan Scott en su texto "Experiencia" sostiene que esta se encuentra constituida por el lenguaje y sus sentidos establecidos pero no "confinada a un orden fijo de significados".² La puesta en discurso de la experiencia puede, entonces, producirla de formas impensadas que trastocuen los modos en que la comprendíamos hasta ahora. Y en los relatos de *Código Rosa* la experiencia de abortar con misoprostol se construye, se transmite, se hace memorable y, también, se transforma. No se trata solo de difundir las acciones del socorrismo y el modo en que sus estrategias están cambiando la vivencia el aborto. El libro es, en sí mismo, una apuesta por

² Scott, Joan, "Experiencia", *La Ventana*, N° 13, 2001, pp. 42-73.

intervenir en las narrativas socialmente disponibles sobre el tema sabiendo que en las palabras, en la ficción y en su poética centellea también la disputa política y la posibilidad de la transformación social.

Además de intervenir sobre los modos en que socialmente podemos ponerle palabras, pensar e imaginar el aborto, el socorrismo y este libro están comprometidos con la creación de saberes distintos de los que se arrogan autoridad científica o jurídica y esgrimen datos supuestamente objetivos para ir en contra de los derechos de las mujeres. Se trata, en cambio, de la producción de conocimientos menos abstractos y más accesibles basados en la experiencia de brindar acompañamiento e información a quienes necesitan abortar. Saberes encarnados y localizados porque no se ubican a distancia del objeto que conocen sino lo más cerca posible: brindando compañía, haciéndose parte del paisaje y articulando solidaridades. Los relatos son otra forma de compartir ese conocimiento y nos dejan ver lo que esas experiencias tienen en común sin perder de vista la singularidad que se despliega en cada historia.

Los saberes del socorrismo se sirven de una tecnología proveniente de la industria farmacológica, el misoprostol, pero sería erróneo decir que se limitan a ella cuando lo que hacen es ponerla a circular en un agenciamiento político concreto. Allí el medicamento funciona junto con la transmisión de información acerca de su correcto uso, con el acompañamiento cercano que brindan socorristas avezadas y con la generosidad de las socorridas que comparten su experiencia con otras. Además, las instituciones públicas de salud no permanecen ajenas a estos procesos, sino que el socorrismo se ha colado en ellas, tejiendo alianzas y complicidades con profesionales de la medicina comprometidas/os con la salud y los derechos de quienes pueden gestar. Se trata, en conjunto, de una creación colectiva y política fuertemente anclada en lo local que se expande entre activistas de otras geografías y tiene como horizonte la legalización del aborto a nivel nacional. En estos entramados apasionados entre socorristas, socorridas, tecnologías diversas e instituciones se crean formas diferentes y potencialmente transformadoras de saber acerca del aborto y nuevas formas de experimentarlo, de ponerle el cuerpo y de sentirlo.

Por eso los cuerpos, las sensaciones y las emociones, están allí, palpitando en cada palabra de

estos relatos y desafiando los modos establecidos de sentir con respecto al aborto. El usual rechazo hacia el aborto, las sensaciones de disgusto, de culpa y de arrepentimiento son modos de sentir que no son reacciones naturales ni surgen de un fuero interno e individual, sino que dependen de formas históricamente sedimentadas de percibir e interpretar que se han metido debajo de nuestra piel. Tanto la ilegalidad del aborto como la antigua condena moral que se le asocia hacen vulnerables al miedo, la culpa y el dolor a existencias ya frágiles, afectadas por desigualdades y violencias diversas y convergentes. Pero más que detenerse en el temor y el arrepentimiento, los relatos muestran otros afectos que provoca en las protagonistas el saberse privadas por la ley penal de la posibilidad de decidir sobre sus cuerpos. Quienes leemos podemos encontrarnos con ellas en el enojo, en el malestar y en el descontento. Esos afectos también provienen del contexto social injusto que los produce y es precisamente de ellos que surge la posibilidad de actuar y de responder colectivamente para transformar las condiciones estructurales que provocan sufrimiento.

El socorrismo también se compromete con la transformación de los afectos por medio de su intervención en espacios públicos y privados, creando otras formas de intimidad y cercanía que surgen en la acción de compartir la experiencia del aborto. La sexualidad y sus espacios tradicionalmente asociados con la intimidad se trastocan y expanden cuando Las Revueltas llevan el aborto a los bares, las plazas, las instituciones escolares y los hospitales. Incluso las casas y las camas se revolucionan cuando se convierten en espacios que pueden alojar abortos seguros. Sacar al aborto de su confinamiento espacial es también sacarlo del confinamiento afectivo donde es ocultado y guardado como un secreto. Aunque la experiencia de abortar es singular e intransferible, la lectura nos muestra hasta qué punto se hace más amable cuando se puede vivir junto con otros y otras, generando alianzas impensadas entre suegras, madres e hijas, profesoras y estudiantes, profesionales, comerciantes, migrantes, pobres y no tan pobres. De eso se trata esta ética feminista donde el afecto se comparte, y donde más que decir importa atender llamados y disponerse a escuchar.

Así es como los relatos de *Código Rosa* nos invitan a participar de un mundo que ya se está haciendo en el cual la experiencia de abortar no está asociada necesariamente con la

vergüenza, la culpa, la pena y el lamento que anclan a quienes abortan en un acto pasado interpretado como un error irreparable. La atención puesta sobre la experiencia ha mostrado que abortar es también una forma de establecer una relación con la propia vida y con el futuro que no pase por la reproducción como único horizonte posible. Las protagonistas de estos relatos obturan una posibilidad para abrir otros futuros y se apropian de lo que se pierde de la manera más encarnada y a la vez, más literal. Se trata de actos de responsabilidad absoluta, realizados muchas veces en función de asegurar la propia supervivencia pero también para alumbrar esperanzas en una vida que se parezca a lo que desean.

Potenciar y dar a conocer la autoridad que las mujeres ejercen sobre su futuro, sobre sus cuerpos y sus vidas permite advertir también la fortaleza, la determinación y la audacia que mueve a quienes desean abortar y abortan en la clandestinidad. Esos son afectos de los que poco se habla en relación con el aborto porque son inconvenientes para las formas dominantes de sentir. Decir que abortar puede ser un alivio y que hay quienes se alegran de haber abortado saca a quienes abortan de la posición de víctimas pasivas y eternas sufrientes. Así se pone en jaque tanto al discurso conservador dominante del arrepentimiento y la culpa como también a algunas retóricas a favor de la legalización del aborto que todavía se basan únicamente en el padecimiento y, por ende, en la victimización de las mujeres.

Código Rosa pone a circular socialmente otras sensibilidades con respecto al aborto que emergen en nuestro presente, sin que ello implique desconocer grados de fragilidad y ambivalencia a la hora de decidir. Sentirse dueña de sí misma, aliviada, alegre por haber abortado, no implica afirmar que abortar pueda ser invariablemente una experiencia feliz a la manera de la felicidad plana y plena que ofrece la sociedad capitalista de consumo. Se trata, en estos relatos sobre el aborto medicamentoso en el contexto del socorrismo, de una alegría difícilmente conquistada junto con otras, en un contexto no desprovisto de fuerzas oponentes, muchas veces con dolor, entre las dudas, miedos y el saber de la vulnerabilidad del cuerpo. En cada historia de *Código Rosa* vibra la apertura de nuevas formas de experimentar, pensar y sentir el aborto que tienen como horizonte la transformación de un paisaje social hostil e injusto en otro más equitativo donde el aborto sea, por fin, legal, seguro y gratuito.



Agradezco a Las Revueltas el afecto, la confianza, la paciencia y la valentía de seguir extendiendo los límites de lo posible. Un especial abrazo a Ruth Zurbriggen que me estimuló, contuvo sus ganas de leer, soportó mis largos silencios y arropó a la distancia en momentos personales complicados mientras escribía este libro. Los abrazos se extienden a Graciela Alonso, María Trpin y Belén Grosso: otras revoltosas socorristas y compañeras que me enseñan lo liberador que resulta dejar la solemnidad a un lado y reírse con ganas de unx mismx.

A María Elena Ale, Paula Satta, Florencia Maffeo, Laura Zurbriggen, Malena Van Mameren por la multiplicación de la alegría, la frescura interprovincial y el aliento por whatsapp que directa e indirectamente influyeron en la concreción de este libro.

A Martha de La Fuente por hacer que el viaje en avión fuera como andar en bicicleta, por las palabras amorosas y por la mirada transparente que sabe ver más allá.

A Luis Acosta por las noches que siempre son cortas aunque duren horas; por las comidas, las risas y las lágrimas compartidas.

A Angie Quiroga por compartir su vida y abrir su casa, hecha de humo benévolo de palo santo y de miradas atentas de los gatos, cuando necesité otros tiempos de escritura lejos de la mía.

A mi madre y a mi padre por acompañarme en las diferencias y por materializar en gestos cotidianos y amorosos la tan nombrada libertad.

A Las Enredaderas, mis hermanas-compañeras de vida por darle lugar a las ilusiones y por cada minuto compartido este año y los anteriores.

A Selva Almada va un abrazo y agradecimiento especial por la generosidad de sumarse a este proyecto colectivo y por compartir su experiencia que abre e invita a la lectura de este libro.

A Nayla Vacarezza por ser parte apasionada de esos afectos encarnados en la escritura de este libro, de los que da cuenta en el epílogo.

A todas las Rosas socorristas del país que forman parte de estas páginas.



Indice

Prólogo. Por Selva Almada	9
¿Por qué Código Rosa?	13
No te quiero	20
Acompañadas	26
Por el inodoro	35
Salir adelante	47
Contar o no contar, eso lo decido yo	54
Conocerse adentro	65
Esta vez te toca a vos	73
¿A favor de qué vida estás?	81
Ser primeriza	86
Yo me enteré tarde	92
En la cocina	96
La soportable liviandad de mi aborto	102
El aborto es todos mis días	108
Te Acompañamos	114
No quiero decirle bebé	119
El método seguro	122
Todas las violencias	127
Aborto, experiencia, afectos. Por Nayla Vacarezza	137
Agradecimientos	143



**Esta publicación cuenta con el aporte financiero
de la Fundación Umverteilen - Berlín - Alemania.**





Esta edición se terminó de imprimir en el mes de abril
de 2015 en los talleres gráficos de Tecnooffset, Araujo 3293,
Ciudad de Buenos Aires, República Argentina.

